

PUNTO
ROJO

los federales se equivocan

B&B

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO





CLARK CARRADOS

LOS FEDERALES SE EQUIVOCAN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 285
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Déposito legal: B 16.748 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: octubre, 1967

© CLARK CARRADOS - 1967
sobre la parte literaria

© ANGEL BADÍA - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.029. — La maldición del cuatrero.

En Colección SERVICIO SECRETO:

844. — Detective por error.

En Colección BUFALO:

72.7. — Infierno en el desierto.

En Colección CALIFORNIA:

486. — Ley de hierro.

En Colección COLORADO:

460. — Capitán de río.

En Colección KANSAS:

427. — El orgullo y la furia.

En Colección BRAVO OESTE:

354. — La serpiente en el valle.

En Colección PUNTO ROJO:

281. — Un G-Man solitario.

En Colección SALVAJE TEXAS:

533. — La sed del infierno.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

260. — Los verdugos.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

183. — La octava víctima.

En Colección ASES DEL OESTE:

409. — La vuelta del yanqui.

En Colección ALTO SECRETO:

10. — Juego doble contra el F.B.I.

CAPÍTULO PRIMERO

El puerto era pequeño y, aunque su principal actividad era la pesca, también se expedían y recibían mercaderías en un par de muelles destinados al efecto. Una ligera neblina llegaba del mar y ponía un color amarillo en las luces que iluminaban los tinglados, a la vez que abrillantaba el asfalto del suelo.

Los pasos de un guardián sonaron pesadamente. Blake Dunn dio un salto y se situó detrás de una pila de cajones. El guardián se alejó sin prisas.

Dunn levantó la vista. Uno de los cajones tenía una etiqueta: «EXPORTADORA HYSLIP, San Simón». Era un cajón enorme, de casi tres metros de lado y unos laterales de tablas de excepcional robustez.

Dunn se preguntó por el contenido del cajón. Parecía maquinaria, y, en apariencia, estaba destinada a un país centroamericano. El cajón, por el momento, no le importaba demasiado, aunque sí la empresa a la cual pertenecía.

El director general de la misma y principal accionista, Sapher Hyslip, había sido secuestrado. Los raptores pedían doscientos cincuenta mil dólares por su rescate. Era, por tanto, un caso federal.

Había muchos cajones idénticos, apilados a veces hasta tres seguidos, uno encima del otro. Según los informes que tenía Dunn, la compañía Hyslip exportaba maquinaria de todas clases.

Siguió caminando. El objetivo estaba ya muy cerca.

Miró hacia las grúas, que permanecían quietas y silenciosas al borde de los muelles. Las contó.

Avanzó media docena de pasos más, hasta situarse frente a la grúa número tres, en dirección sur.

«Estaré frente a la grúa número tres, hacia el sur, en un hueco que hay entre una pila de cajones. Entonces les diré el paradero de

Sapher Hyslip».

Así había dicho el confidente por teléfono, un sujeto que no había querido dar su nombre. Pero esto era algo con lo cual ya se contaba en semejantes circunstancias.

Se preguntó por qué el confidente delataba a sus compinches. Para Blake Dunn, no cabía la menor duda: el tipo pertenecía a la banda de secuestradores. Debían de haberse producido disensiones entre ellos, a cuenta de los cien mil dólares solicitados como rescate.

—Seguro que, en el reparto anticipado, le tocó menos de lo que esperaba. Entonces se dijo: «¿Sí? Pues ahora, ni un centavo para nadie» —soliloquió Dunn mientras llegaba al lugar de la cita.

Buscó el hueco. Sí, allí estaba, tal como había dicho el confidente.

El hueco se hallaba completamente a oscuras y tenía unos dos metros y medio de profundidad por varios de alto. Dunn creyó ver en su interior una sombra oscura.

Avanzó un paso.

—¡Eh! —murmuró.

Había confirmado que le estaban esperando. Seguramente, desde hacía bastante rato, porque se había cansado y se había sentado en el suelo.

—Oiga —susurró.

El hombre no le contestó. Dunn se extrañó de su inmovilidad.

Empezó a sospechar algo turbio. Inclinandose hacia delante, sacó un encendedor y presionó el resorte.

La llamita iluminó al hombre durante un segundo. Dunn apagó el encendedor casi en el acto.

Fue suficiente. El mango del puñal que asomaba por el centro del pecho del sujeto, no ofrecía ninguna duda en cuanto a la suerte que había corrido.

Dunn meneó la cabeza. El paradero de Hyslip se había perdido.

De nuevo tendrían que reiniciar todas las pesquisas. El FBI había recibido un duro golpe.

De pronto, oyó ruido de pasos. Se aplastó contra los cajones, procurando quedar en la oscuridad del hueco.

Era una mujer. El taconeo resultaba inconfundible.

Segundos más tarde, aparecía ante su vista. Era de buena

estatura, fina, esbelta, vestida con sobria elegancia. Aunque había poca luz, Dunn se dio cuenta de que tenía el cabello de color castaño, muy corto, casi como el de un muchacho, y cuidadosamente peinado.

Parecía esperar a alguien. Pendiente de su hombro izquierdo por una correa, llevaba un bolso. Dunn fijó la atención en el bolso.

A veces, había mujeres que llevaban sus pistolas en el bolso. Convenía estar prevenido.

Ella taconeó un poco, como si se sintiera impaciente. Luego se miró la muñeca izquierda.

—He perdido el tiempo —la oyó murmurar.

Dunn adivinó que se iba a marchar.

—Hola —dijo, saliendo de su escondite.

Ella se volvió en el acto, ligeramente sorprendida, pero no asustada. Le miró con curiosidad.

—Hola —contestó.

—¿Espera a alguien? —preguntó Dunn.

—Eso no le importa —respondió la joven.

Debía de tener veintitrés o veinticuatro años y sus facciones eran regulares y atractivas. La boca tenía un trazo generoso, apenas subrayado por el lápiz labial.

—Creo que sí me importa —contradijo Dunn—. Quiero saber qué hace aquí.

—¿Con qué autoridad me lo pregunta? —quiso saber ella.

—Si hubiera más luz, le enseñaría mis credenciales. De todas formas, podemos ir a donde la conversación resulte más amena.

Ella retrocedió un paso.

—¿Policía? —preguntó.

—Admitámoslo. Por favor, deme su bolso.

Ella se lo entregó sin rechistar. Solamente por el peso, Dunn adivinó que no llevaba un arma dentro.

—¿Cómo se llama? —preguntó al devolvérselo.

—Mary Peters —respondió ella.

—Muy bien. Acompáñeme hasta el teléfono más próximo. Tengo que avisar a la policía. Se ha cometido un crimen.

—¿Eh?

—El cadáver está ahí, en ese hueco entre los cajones. Tiene un puñal en el pecho...

Repentinamente, Mary Peters le asestó un fuerte empujón con ambas manos, lanzándole hacia atrás. Dunn gruñó mientras, sorprendido, chocaba contra la esquina de un cajón.

El choque se produjo en desventaja para él y cayó de espaldas. Mary giró un cuarto de vuelta y echó a correr.

Dunn se puso en pie de un salto, maldiciendo su propia estupidez. Lanzóse en persecución de la chica aunque sabía que era ya inútil.

Había demasiados bultos, demasiado cajones y pilas de mercaderías en el muelle. Escondarse allí era la cosa más sencilla del mundo.

A pesar de todo, no desistió sino que hasta que oyó el ruido de un automóvil que se alejaba a toda velocidad.

Furioso y despechado, se dirigió en busca de un teléfono.

La actividad en el puerto era la normal, salvo en un pequeño sector del mismo.

Varios agentes federales, con algunos policías de San Simón, se hallaban en el lugar del suceso. Una ambulancia esperaba a pocos pasos de distancia, mientras los fotógrafos tiraban placas del punto donde se había producido el asesinato.

Blake Dunn se mordía el labio inferior, con gesto decepcionado. Sentíase responsable de lo ocurrido.

En parte, estaba un poco ausente de lo que sucedía a unos pasos de distancia. Su jefe, el inspector Lynden Garris, hablaba con el jefe de policía de San Simón, Henry García, un moreno californiano con quien convenía estar a bien.

García se sentía furioso. Había tenido conflictos en el puerto, los casos acostumbrados de pandillerismo, la delincuencia juvenil, pero era el primer secuestro que se producía.

Hyslip era persona de importancia. Su familia pondría el grito en el cielo si no se le rescataba.

Una grúa elevaba cajones de la Exportadora Hyslip y los trasladaba a las bodegas de un panzudo mercante que debía transportarlos a su destino. De pronto, sonó un crujido.

Dunn se volvió. El cable de la grúa estaba rompiéndose.

—¡Apártense! —rugió el maquinillero.

Dunn dio un salto. El cajón estaba a una docena de metros sobre el suelo.

Se produjo un repentino reflujo de gente. El cable cedió y el cajón se precipitó al suelo con gran estruendo.

Dunn percibió claramente la vibración del pavimento. Las maderas saltaron con gran crujido y el contenido de la carga se desparramó por el suelo.

Un gran montón de tierra y pedruscos apareció ante los ojos del joven. Henry García empezó a jurar y blandió el puño en dirección al maquinillero, como si fuera el responsable de la rotura del cable.

Dunn se acercó al cajón desventrado y tomó un pedrusco. Su jefe se le acercó.

—Pero ¿no contenía maquinaria agrícola este cajón? —dijo Garris, extrañado.

Dunn hizo saltar el pedrusco en su mano.

—Esto no parece que sea tierra de labor para reforzar algún campo centroamericano, pobre en reservas nitrogenadas —contestó.

Garris tomó el pedrusco y lo examinó atentamente. Era de color grisáceo, con algunas finas estrías de color verdoso.

—A primera vista, diríase que es granito... o cuarzo, pero ¿qué son estas estrías de color verde?

Un hombre corría hacia ellos.

—¿Están bien? ¿No les ha ocurrido nada? —preguntó ansiosamente.

—¿Quién es usted? —preguntó Garris.

—Robeson, Joffre Robeson —contestó el sujeto. Y añadió—: Jefe de embarques de la Exportadora Hyslip.

Garris le enseñó el pedrusco.

—Esa caja indicaba maquinaria agrícola. Esto era lo que había en su interior. ¿Cómo se lo explica usted, señor Robeson?

El hombre se lamió los labios.

—No tengo la menor idea, se lo juro —contestó—. Yo... bien, el señor Hyslip se cuidó de realizar en persona todas las operaciones de esta expedición... Yo sólo tenía que ocuparme que los cajones fuesen cargados...

Dunn creyó que el hombre era sincero.

—Así que fue el señor Hyslip quien se cuidó personalmente de esta expedición.

—Sí, él la concertó en persona. Siempre que había un envío de maquinaria a ese país, lo hacía él —respondió Robeson.

Dunn paseó la vista en torno suyo. Habían sido cargados veinte cajones por lo menos y aún quedaba una cifra superior en el doble.

—Tendrá que suspender ese embarque, señor Robeson —dijo, a la vez que consultaba a su jefe con la mirada.

Garris asintió.

—Suspéndalo —confirmó brevemente.

—Ahora mismo daré la orden —contestó el individuo. Y se alejó.

Henry García se acercó a los federales.

—¿Quién exporta tierra de nuestro país? —dijo—. ¿Alguien quiere fabricarse unos Estados Unidos con nuestro propio suelo?

—Amigo García, voy a tener que pedirle que coloque una guardia en estos cajones —manifestó Garris—. Estaban consignados como maquinaria agrícola, pero ya ve que su contenido, al menos si juzgamos por lo que tenemos a la vista, es muy diferente. No sé si esto tendrá o no que ver con el secuestro de Hyslip, pero creo que convendrá que actuemos como si tuviera alguna relación.

—Me parece muy bien —convino el jefe de policía—. ¿Nada más?

—Por el momento, no; ya le daré cuenta de lo que resulte cuando hayamos analizado este pedrusco. No parece cuarzo aurífero, aunque si no es oro, no imagino qué otra cosa pueda ser.

Un policía uniformado se acercó a su jefe y le habló brevemente. García preguntó al federal si tenía inconveniente en que se llevaran el cadáver.

—Ninguno —contestó Garris—. Nosotros nos marchamos también. Vamos, Blake.

El coche de los federales arrancó un segundo después que la ambulancia, el estridor de cuya sirena les abrió paso con facilidad entre el tránsito. A cada momento que pasaba, Blake Dunn veía más complicado el caso.

CAPÍTULO II

Blake Dunn entró en el despacho donde su jefe había montado un cuartel general provisional y colocó sobre la mesa una caja rectangular, negra, forrada de cuero.

—¿Qué es eso? —preguntó Garris—. Le mandé a que se acostara...

—Se me fue el sueño de repente cuando se me ocurrió qué podía ser ese pedrusco —contestó el joven.

El fragmento de roca estaba sobre la mesa. Garris había mandado una esquirla a un laboratorio de la ciudad y estaba esperando el informe del analista.

Dunn quitó la funda. Garris vio una caja de metal, con algo que parecía un micrófono sujeto a uno de sus lados.

—¿Una grabadora?

Dunn sonrió.

—Espere un momento, jefe.

Desenganchó el supuesto micrófono, quedándose con él en la mano derecha y, con la izquierda, dio media vuelta a una llave. Luego acercó el tubo de metal, que estaba unido por un cable a la caja, al pedrusco.

Un claro chisporroteo se oyó en el acto. Con la mano libre, Dunn volvió la caja, situando frente a su jefe una esfera en la que se movía alocadamente una aguja indicadora.

—Observe la aguja, inspector —dijo Dunn—. Parece enloquecida.

Garris tenía la boca abierta de par en par.

—¡Por todos los...! ¡Es uranio!

Dunn dio media vuelta inversa a la llave y el chisporroteo cesó cuando el contador Geiger dejó de funcionar.

—Uranio, sí, señor; y exportado bajo la etiqueta de maquinaria agrícola. Ahora, imagínese el resto.

—Me lo imagino. Esos cajones llegan al puerto de destino, son descargados... y reembarcados nuevamente en otro barco con rumbo a...

—A algún sitio donde deben pagar el mineral poco menos que a peso de oro.

Garris frunció el ceño. Púsose en pie y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Empiezo a ver las cosas un poco más claras —dijo.

—¿Sí? —murmuró Dunn.

—Oiga, Blake, el de Hyslip es el cuarto caso de secuestro en pocos meses en la costa occidental, prácticamente podría decirse que sólo en California. Humphrey Davidson, secuestrado y libertado mediante el pago de ciento cincuenta mil dólares, tenía, tiene, mejor dicho, un negocio de importación y exportación.

»Eric Darleigh, otro que pagó ciento cincuenta mil dólares por su rescate, es consignatario de buques. El tercero es Nat Cubrin, también dedicado a la exportación e importación, pagó más: doscientos mil.

»Ahora falta Hyslip, por el que se han pedido nada menos que un cuarto de millón. ¿Sabe lo que significa esto, Blake?

—Me lo imagino, señor.

—Sencillamente, esos tres tipos, e Hyslip, por supuesto, aprovechaban sus negocios legítimos para hacer otros menos legítimos. Probablemente, lo hacían tan bien, que no había modo de demostrárselo para someterlos a extorsión.

—¿Chantaje? —dijo Dunn.

—Sí. Ahora bien, cuando a un tipo no se le puede hacer chantaje y se le quiere sacar un buen pico de dinero, ¿qué medio es el mejor?

—Secuestro.

—Justamente.

—Pero eso significa la existencia de una banda de secuestradores. Y muy bien informados, además.

—Sí. Lo están. Y las víctimas han pagado sin rechistar, porque sabían que era lo mejor que podían hacer. Esos secuestros se nos han pasado por alto, a no ser porque la mujer de Hyslip, valerosamente, fue a dar cuenta a la policía local y ésta nos avisó a

nosotros, como competía.

—La señora Hyslip estaba enterada de lo relativo a los otros secuestros —manifestó Dunn.

—Probablemente, Hyslip lo comentó con ella. Debía de estar enterado...

—¿Acaso forma parte de la banda de secuestradores?

Garris sacudió la cabeza.

—No. Debió de recibir un aviso quizá. Le mencionarían los tres secuestros, para hacerle comprender que no debía resistirse. Es un secuestro fingido, hasta cierto punto, ¿me comprende?

A Dunn le parecía un tanto descabellada la teoría de su jefe, pero no quiso contradecirle directamente.

—Fingido o no, sigue sin aparecer y continuamos ignorando el lugar donde está escondido —dijo.

—Pero el dinero del rescate debe ser pagado. Y recogido. Entonces será cuando echemos mano de los secuestradores.

—Aún no han avisado cuándo ni dónde debe dejarse el dinero.

—Lo sé. De todas formas, esto del uranio ha venido a complicar las cosas.

—Hay un medio de aclararlas. En la propia Exportadora.

Garris miró atentamente a su subordinado.

—Sí —admitió al cabo—. Hyslip tiene un socio. Vaya a verle. Hable con él a ver qué le dice de este asunto.

—Muy bien, señor.

Dunn se dirigió hacia la puerta. Cuando estaba a punto de salir, su jefe le hizo una advertencia:

—Tenga cuidado con el socio de Hyslip. Es un... socio de cuidado.

—¿Algún matón?

—No. Una mujer despampanante.

El inspector Garris tenía razón.

Era una mujer soberanamente hermosa, quizá más porque ya había llegado a los treinta años y ello había sedimentado y definido su belleza. Tenía el pelo negro como ala de cuervo, cuidadosamente peinado en dos bandas a los lados de la cabeza, y recogido en un gran moño ligeramente por encima de la nuca, lo cual dejaba libre el óvalo de su rostro, de una tez blanquísima y sin tacha.

Era alta, delgada y muy esbelta. Vestía con suma elegancia, casi

sofisticadamente y, en cuanto a joyas, sólo se veía una pulserita de oro en su muñeca izquierda, con reloj, y un pequeño medallón del mismo metal, pendiente de su cuello por una cadena muy delgada.

Su nombre era Mónica Stacey. Sonrió agradablemente cuando Dunn entró en su despacho.

—No es el primer federal que me visita —dijo, con voz baja y grave, pero agradable—. El secuestro de mi otro socio nos está proporcionando grandes quebraderos de cabeza.

—Me lo imagino fácilmente. ¿Todavía no han recibido la nota de aviso para depositar el dinero, señorita Stacey?

—No... y soy señora —corrigió ella—. ¿Un cigarrillo?

Le ofreció la caja con una mano de dedos largos rematados en unas uñas perfectamente laqueadas. Dunn aceptó, subyugado por la hermosura de la mujer.

«Garris tenía razón. Es un socio... de cuidado», pensó.

—El secuestro se ha complicado —manifestó, después de la primera bocanada de humo.

Mónica arqueó las cejas.

—No entiendo —dijo—. ¿Han surgido más inconvenientes?

—De otra índole, señora. ¿Qué me dice usted de una partida de cajas con maquinaria agrícola que hoy debían ser embarcadas en el puerto?

—La carga está despachada y el manifiesto de embarque en orden y autorizado por la capitanía de puerto, es todo lo que puedo decirle —respondió Mónica.

—¿Ha intervenido usted en esa consignación?

—Como en todas, más o menos. Superviso los embarques y las recepciones, pero de un modo general. Es algo que hacemos indistintamente mi socio y yo... lo hacíamos, mejor dicho, porque él está ausente ahora.

Mónica sonrió.

—Las causas de la ausencia son conocidas —añadió—. Pero el negocio debe continuar.

—Me lo imagino. ¿Puede decirme la procedencia de esas cajas, señora?

—Chicago.

—No había maquinaria dentro de ellas.

Hubo una pausa de silencio. Mónica alzó las cejas.

—¿Cómo? —preguntó cortésmente.

—Estaban..., están llenas de mineral de uranio que se pretendía exportar ilegalmente.

Mónica le miró con los ojos muy abiertos.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Me deja anonadada!

—Lamento tener que confirmárselo, pero el análisis con el contador Geiger no deja lugar a dudas —dijo Dunn.

—¿Cómo lo han sabido ustedes?

—Se rompió el cable de una de las grúas. La caja cayó y se desventró. Puesto que manifestaba contener maquinaria agrícola, nos chocó ver salir otra cosa del interior.

Ella movió ligeramente la cabeza.

—Comprendo —murmuró.

—Habíamos recibido una confidencia. Alguien quería decirnos el paradero de Hyslip. El presunto confidente apareció muerto.

—¡Qué horrible! —exclamó Mónica—. Permítame que me sienta; las piernas se niegan a sostenerme.

Se tapó la cara con las manos.

—Empiezo a temer por la suerte del señor Hyslip —dijo.

—Nosotros también, francamente. ¿No ha vuelto a recibir ningún otro aviso de los secuestradores, señora Stacey?

—No, nada...

Dunn vio un aparador con licores en un lado de la estancia. Se levantó y fue hacia el aparador. Destapó una botella y llenó una copa.

Se disponía a regresar junto a Mónica cuando, de pronto, vio una pitillera de plata sobre el aparador.

La pitillera tenía grabadas dos iniciales: M. P.

«Mary Peters», pensó en el acto.

¿Había estado allí la joven del puerto?, se preguntó.

—Tome, señora —dijo—. Le sentará bien.

Mónica alzó la vista y se esforzó por sonreír.

—Gracias, señor Dunn.

Bebió un par de sorbos. Tosió correctamente, con una mano sobre el seno, y luego dejó la copa sobre la mesa.

—Ahora estoy un poco mejor —dijo—. Todo esto es nuevo para mí, compréndalo.

—Por supuesto. Cuando vine aquí, me avisaron que el socio de

Hyslip era una mujer, pero no me imaginé encontrarme con una dama tan encantadora.

—Me halaga usted —contestó ella—. En efecto, no soy un monstruo de fealdad, pero ¿es que una mujer medianamente atractiva no puede dedicarse a los negocios?

—Desde luego, aunque siempre resulta un tanto extraño.

—No, si se tiene en cuenta que me limito a ocupar el puesto de mi difunto esposo.

—Ah —murmuró Dunn cortésmente—. Lo siento.

—Murió hace dos años. Hyslip no podía comprar entonces la parte del negocio que me correspondía como herencia, es decir, la mitad de la sociedad. Entonces, decidí ocupar este puesto... y parece que he dado bastante buen resultado. ¡Pero le aseguro que desconocía todo lo referente al mineral de uranio! —afirmó Mónica con energía.

—Estoy seguro de ello, señora Stacey. Sin embargo, me figuro que debe de haber algún ejecutivo que sea responsable de esos embarques.

—Por supuesto, el señor Robeson. Es un empleado muy antiguo de la casa Hyslip tenía puesta en él su máxima confianza. Tal vez él pueda darle algunos datos más acerca del trueque del contenido de las cajas.

Recordando la breve conversación sostenida con Robeson, Dunn pensó que no conseguiría mucho más. De todas formas, se dijo, no estaría de más hablar extensamente con él, a solas.

—¿Puede darme su domicilio? —preguntó.

—Claro.

Mónica escribió unas líneas en un papel y se lo entregó. Dunn lo guardó después de haberlo leído.

—Ha sido muy amable —dijo, poniéndose en pie—. Le agradezco sinceramente su cooperación, señora Stacey.

Ella le tendió una mano con gesto cordial.

—Vuelva siempre que guste —invitó—. En estos momentos, lo que más interesa es encontrar a Hyslip.

—Haremos todos los posibles por conseguirlo —aseguró él.

Abandonó el despacho. Descendió a la planta baja del edificio y cruzó el vestíbulo.

Había una gran puerta encristalada. Cuando estaba a unos

metros de la misma, vio que Mary Peters se disponía a entrar en el edificio.

Su primera idea fue esconderse y sorprenderla, pero ella le vio casi al mismo tiempo.

Inmediatamente, la joven giró sobre sus talones y echó a correr.

CAPÍTULO III

Blake Dunn lanzó una maldición y corrió hacia la puerta.

Una señora gorda, cargada de paquetes, le cerró el paso.

Dunn se echó a un lado. La señora hizo lo propio, un tanto aturdida. Luego osciló hacia el lado contrario, justo en el momento en que el joven hacía también lo mismo.

El resultado fue que los paquetes volaron por los aires y la señora gorda cayó de espalda, con los pies por alto, enseñando unas piernas rollizas que se agitaban frenéticamente.

Los chillidos de la mujer atronaron el vestíbulo. Furioso, Dunn saltó por encima de ella, pero entonces un hombre se atravesó en su camino.

—Lo menos que puede hacer un caballero que comete una incorrección semejante es repararla —dijo el hombre.

—¡Váyase al diablo! Yo...

Dunn no pudo continuar. El otro disparó su puño y le alcanzó en la mandíbula.

Cuando el joven despertó, se encontró siendo el centro de un jaleo mayúsculo. La señora gorda le apostrofaba constantemente, mientras que el hombre que había golpeado hablaba con sumo desdén de la educación que le habían dado sus padres y maestros. Un guardia uniformado, las manos en las caderas, se inclinaba sobre él, mirándole con cara de pocos amigos.

—¿Y bien? —dijo el guardia, mientras la mujer no dejaba de alborotar, contando sus cuitas a todo el que quería escucharla—. ¿Qué tiene usted que decir acerca de este escándalo?

Dunn se tanteó la mandíbula.

—Hay mucho que hablar, agente, y poco bueno en favor del tipo que me ha golpeado —masculló—. Pero, en fin, él lo ignoraba...

—¡Deténgale, guardia! —chilló la mujer—. ¡Me golpeó, me asaltó, quiso robarme...!

—¡Cállese! —tronó el joven, exasperado—. Siento lo que hice, pero no tenía otro remedio. —Sacó su cartera—. Pertenezco al FBI y perseguía a un criminal peligroso..., que se me ha escapado por culpa de la oficiosidad de ese estúpido.

El guardia tomó la cartera y examinó la tarjeta de identidad. Luego se volvió hacia el hombre que había derribado a Dunn.

—¿Qué contesta usted, amigo? —preguntó Severamente.

Dunn guardó la cartera.

—Déjelo, guardia; ya no importa —rezongó malhumoradamente—. El tipo se me ha escapado ya.

El hombre sudaba. La señora gorda tenía la boca abierta de par en par.

Dunn salió a la calle, con un humor de todos los diablos. De no haber sido por aquel inesperado encuentro, habría dado alcance sin duda a Mary Peters.

Ahora... cualquiera sabía dónde se encontraba, se dijo desanimadamente.

Por pura rutina, consultó la guía. El nombre de Mary Peters no figuraba en las listas de abonados.

Empezó a pensar si no se trataba de un seudónimo Mary Peters... «Un nombre bastante común», se dijo. El hecho de que no figurara en la guía no significaba nada. Podía haber alguna Mary Peters... con el apellido cambiado por matrimonio.

La pitillera que había visto en el despacho de Mónica Stacey le preocupaba.

Había llegado a creer que se trataba de una mera coincidencia. Después de haber visto a Mary Peters en la puerta del edificio, la coincidencia desaparecía en cierto modo.

Ello no quería decir que el nombre no fuese un seudónimo. Podía tratarse de otro nombre con las mismas iniciales... ¡pero podían hacerse tantas combinaciones!

Cabizbajo y resignado, fue en busca de su jefe.

Dunn consultó el reloj.

Las ocho y media. Robeson tardaba más de lo que parecía conveniente.

Caía una fina llovizna. Resguardado en el quicio de un portal,

Dunn vigilaba la casa donde vivía Robeson.

La calle estaba desierta. De cuando en cuando, pasaba un automóvil a buena velocidad. Había unos cuantos coches estacionados junto a la acera en ambos lados. La calle, sin embargo, no era excesivamente ancha.

El ulular de la sirena de un barco llegó desde el puerto. Maldiciendo entre dientes, Dunn se bajó el ala del sombrero y se ajustó el cuello del impermeable. No era invierno, pero los pies se le entumecían.

De pronto, oyó unos pasos apagados. Avanzó el cuello instintivamente.

—Menos mal —murmuró.

Robeson volvía por fin a su casa. Dunn resolvió enfrentársele en el piso. Esperaría unos minutos, subiría y...

Robeson llegaba ya al portal. De pronto, un hombre salió del interior.

Dunn se puso rígido. Intuyó lo que iba a suceder.

Robeson retrocedió un paso. Fríamente, el otro, a medio metro de distancia, le disparó un tiro al medio de la frente.

Robeson dio un salto convulsivo y cayó sobre la acera. El asesino echó a correr. Dunn oyó el ruido de un motor que se ponía en marcha.

Cruzó la calle a todo correr.

—¡Párese! —gritó.

El asesino, terriblemente sorprendido, se volvió hacia él. Dunn tenía, su revólver en la mano.

—¡Quédese donde está! —ordenó, sin dejar de correr.

El asesino reanudó su carrera. Volviéndose mientras corría, hizo fuego dos veces.

Dunn oyó el silbido de las balas. Deteniéndose un instante, encorvó el cuerpo y apuntó hacia el fugitivo, que ya estaba a punto de alcanzar el automóvil.

Apretó el gatillo dos veces. El asesino se estremeció y cayó hacia adelante, a la vez que el automóvil se despegaba velozmente de la acera.

La mano del asesino se agarró frenéticamente a un saliente del parachoques. El coche lo arrastró por el asfalto mojado unos metros, hasta que, de pronto, le fallaron las fuerzas y se soltó,

dando unas cuantas vueltas antes de detenerse en el centro de la calle mojada.

Dunn hizo fuego en dirección al automóvil. Pero el conductor le había sacado ya la suficiente delantera y sus disparos se perdieron estérilmente. El coche dobló la esquina próxima sobre dos ruedas, con agudo rechinar de neumáticos, y se alejó en contados segundos.

El joven supo así que ya no podría dar alcance al fugitivo. Con grandes precauciones, se acercó al pistolero caído.

Todavía se movía débilmente. A lo lejos, sonaban los silbatos de la policía.

Dunn se arrodilló al lado del pistolero y le volvió boca arriba. Era muy joven, un muchacho, pero marcado ya por los estigmas del vicio y la disipación.

La sangre fluía por las comisuras de su boca. Sus ojos miraron al joven con terror. Dunn se percató que el pistolero sabía que se estaba muriendo.

—¿Quién te ordenó que matases a Robeson? —preguntó.

Un leve susurro brotó de los labios del moribundo.

—... Peters...

—¿Mary Peters?

El pistolero le miró con sorpresa. Movi6 la cabeza a un lado, como si quisiera negar, pero se quedó ya en aquella postura, con los ojos vidriados.

Pasos fuertes sonaron a su espalda.

—¡No se mueva! —dijo una voz bronca—. ¡Le estoy apuntando con un arma!

Dunn levantó los brazos.

—¡Pertenezco al FBI! —contestó, sin volver la cabeza.

Blake Dunn dormía profundamente, agotado por toda una noche pasada en vela. Su jefe le había dado permiso para retirarse a descansar, después de las primeras e indispensables diligencias en el lugar del suceso.

Robeson había muerto instantáneamente. El asesino había demostrado tener buena puntería, atravesándole la frente con una sola bala.

La ley del silencio se imponía, después de descubierto el tráfico de mineral de uranio. Pero ello significaba también que los contrabandistas empezaban a sentirse inseguros y cerraban bocas

que podían resultarles comprometedoras.

El teléfono sonó de pronto, arrancando a Dunn del sueño. Dunn alargó la mano y asió el aparato.

—Estoy dormido —rezongó.

—Despáblese —dijo Garris sin compasión—. Acuda a la Jefatura de Policía; el conductor del automóvil ha sido atrapado.

Dunn no tuvo tiempo de decir «ahora mismo»; su jefe había colgado ya.

Saltó de la cama en el acto y corrió a la ducha. Un cuarto de hora más tarde, salía a la calle.

Entonces se dio cuenta de que el día estaba muy avanzado y que las nubes se habían retirado. Lucía un sol radiante.

Un taxi le llevó a la Jefatura de Policía en pocos minutos. Preguntó por el inspector Garris y un agente le condujo a una habitación situada en los sótanos.

Había un hombre sentado en una silla, frente a un foco que le alumbraba despiadadamente. Garris y el jefe García le acosaban sin cesar.

El detenido era un hombre menudo y moreno. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su rostro de huesos salientes.

—Eso que nos estás diciendo es un embuste como una casa —gruñó García.

—¿Crees que podemos digerir ese cuento, Ramírez?

El detenido lloriqueó:

—Les juro que es la verdad. Pitt Dallis me dijo que sólo se trataba de darle cuatro golpes a un fulano...

—¿Y para eso necesitabas robar un automóvil? —preguntó García.

—Bueno, él me lo dijo...

Dunn se inclinó sobre el detenido.

—No te creemos —intervino—. Yo lo vi todo y sé que esperaste a Dallis hasta el último instante. Si yo no hubiese disparado contra él, tú te lo habrías llevado de allí.

El detenido tragó saliva.

—Les juro que es la verdad —dijo—. Cuando vi que Pitt disparaba contra el sujeto...

Garris se llevó aparte al joven y le entregó un papel.

—Lo hayamos entre las ropas de Robeson —dijo—. Investigue.

Dunn leyó el papel. Era el recibo de una floristería.

—¿Que han averiguado de Mary Peters? —preguntó.

Garris se encogió de hombros.

—Nada. Hay en San Simón tantos Peters como García y Ramírez —contestó.

—Claro —murmuró el joven. Se fijó en el membrete de la floristería: The Red Orchid. «La orquídea roja», tradujo mentalmente.

—Iré ahora mismo —dijo.

Miró al detenido.

—Probablemente, dice la verdad —añadió—. Dallis debió de contratarle por cincuenta dólares...

—Lo cual fue una insensatez —gruñó Garris.

—Quizá luego le hubiese pagado con un tiro en la nuca. Por lo que estoy viendo, en esa banda se cierran las bocas de los que luego pueden comprometerles con una facilidad que asusta.

Salió de la Jefatura. Diez minutos más tarde, el taxi que había alquilado se detenía delante de la floristería.

Pagó la carrera, se apeó y cruzó la acera. Empujó la puerta encristalada.

Una joven de atractiva silueta, vestida con una bata amarilla, corta, bajo la cual asomaba la falda del vestido, estaba arreglando en aquel momento unos ramos de flores, de espaldas a la entrada. Al oír el ruido de la puerta, se volvió.

—¿En qué puedo servirle, caball...?

Mary Peters se calló en el acto al reconocer a Dunn. Por su parte, el joven no estaba menos asombrado de encontrar a Mary en semejante lugar.

CAPÍTULO IV

A Dunn le pareció de repente que el aroma de las flores se hacía más intenso. Delante de él, Mary se había quedado como petrificada, con el rostro tan blanco como el manojo de lirios que tenía a sus espaldas.

—Bien —dijo Dunn al cabo, rompiendo el tenso silencio—, nos hemos encontrado, señorita Peters.

—Sí —admitió ella—. ¿Qué va a hacer conmigo? ¿Detenerme?

Dunn paseó la mirada en torno suyo.

—¿Le pertenece?

—Sí. Es mía.

—Está en su sitio muy céntrico. La instalación debió de costar un dineral. El alquiler no debe de ser nada barato.

—Todo está pagado —contestó Mary orgullosamente—. Y en cuanto al alquiler, no se preocupe; usted no es el administrador del edificio.

—Es cierto, sólo soy un policía. Del FBI. ¿Quiere ver mis credenciales?

Mary palideció ligeramente.

—¿FBI? —repitió.

—Sí. Nosotros sentimos una gran curiosidad por conocer lo que hacía la otra noche en el puerto, a altas horas de la madrugada.

—Me paseaba —contestó ella.

Dunn sonrió escépticamente.

—¿Padece insomnio? —preguntó.

—A veces...

Entró un cliente. La conversación se interrumpió unos minutos, mientras Mary despachaba al cliente.

De nuevo quedaron solos.

—Había un cadáver aquella noche en el puerto —dijo Dunn.

—Lo he leído en los periódicos —contestó ella—. Yo no maté a Mock Stevens.

—Pero su presencia allí resulta sospechosa, sobre todo, si se tienen en cuenta determinadas circunstancias.

—¿Cuáles? —preguntó Mary.

—El rapto de una persona y el contrabando de un mineral... estratégico.

Ella extendió sus manos.

—Lléveme arrestada —dijo de súbito.

—¡Eh! —se sorprendió Dunn.

—Sí. Tal vez allí, encerrada en un cuarto tétrico, con un foco delante de los ojos, me hagan confesar. Aquí no le diré nada más, señor... Por cierto, aún no sé cómo se llama.

—Dunn, Blake Dunn —contestó él.

—Señor Dunn, lléveme arrestada.

—No sea... No diga tonterías —farfulló el joven—. Lo que quiero es que hable.

—No tengo nada que hablar.

—Anoche se cometió un asesinato. Murió un tal Robeson y el pistolero que lo asesinó.

—Sí, he leído el San Simón Herald —admitió ella con indiferencia.

—Yo estaba presente, pero no pude impedir la muerte de Robeson. El pistolero quiso matarme y disparé contra él.

—He leído que murió a manos de un policía...

—Fui yo. Aún vivió unos minutos. Pronunció un nombre antes de morir.

Ella le dirigió una mirada escrutadora.

—¿Peters, tal vez?

—Justamente.

Mary pareció perder parte de su fortaleza. Separóse unos pasos del federal y se acercó a un gran jarrón lleno de rosas, que acarició con gesto melancólico.

—No conocí al pistolero ni sabía su nombre hasta que leí los periódicos —manifestó, tras una larga pausa.

—En tal caso, ¿por qué dijo su apellido?

—Es bastante común, ¿no?

—Lo admito, pero ¿qué iba a hacer ayer, cuando la vi en el Edificio Flanagan?

—Tengo una dependiente que me releva. Iba a cobrar unas facturas.

—Cualquiera diría que era al revés. Parecía que era usted la que huía de sus acreedores. ¿No iría a ver a alguien en la Exportadora Hyslip?

Mary palideció ligeramente. Dunn supo así que había dado en el blanco.

—Vamos, muchacha —dijo confianzudamente—, hable de una vez. Quizá su situación no sea tan mala como usted misma cree...

Mary insistió en su actitud anterior, extendiendo las manos como para que le colocara las esposas.

—Arrésteme —dijo secamente.

—Estuvo en la Exportadora Hyslip —afirmó Dunn—. ¿Tal vez volvía a recoger allí una pitillera de plata que se había olvidado y que ostenta las iniciales tuyas?

—¡Yo no fumo! —dijo Mary, con tal acento, que Dunn la creyó de inmediato.

—Entonces, ¿de quién es la pitillera?

—Pregúnteselo al dueño. Bien, ¿me pone las esposas? Empiezo a cansarme...

Dunn miró a la muchacha y sonrió. Mary continuaba con los brazos extendidos al frente, juntas las manos, con una expresión infantil de tozudez y orgullo en el rostro, que le hizo concebir hacia ella una viva simpatía.

—Baje las manos, muchacha —dijo—. De momento, no hay ninguna acusación contra usted, pero me enoja que no quiera colaborar.

Mary bajó las manos, pero conservó los labios muy juntos.

—Está bien, volveremos a vernos —prometió él. De súbito, preguntó—: ¿Compraba Robeson flores en su tienda?

—Alguna vez —contestó ella.

—Se le encontró un recibo en sus ropas.

—Vino a encargar un ramo de rosas para su mujer. Se lo envié por mensajero y a él le di un recibo de la venta. Lo hago con todo el mundo, a menos que se lleven las flores y las paguen en el acto.

—Ya, un comprobante en prevención de un posible extravío.

—Justamente.

Dunn se dirigió hacia la puerta.

—Eso es todo por mi parte... y por hoy. Hasta la vista.

—Adiós —contestó él brevemente.

Apenas salió Dunn de la floristería, buscó una cabina telefónica y llamó a su jefe, informándole del resultado de la entrevista con Mary Peters.

—No me pareció oportuno detenerla —dijo, al terminar—. Creo que sería más conveniente tenerla bajo vigilancia.

—Eso está bien. Enviaré a Logan a que le releve. Vaya ahora a visitar a la señora Robeson y después a la esposa de Hyslip. Averigüe qué sabe la primera y vea si la otra tiene nuevas noticias.

—Muy bien.

Dunn esperó hasta que llegó el otro agente. Le «marcó» la floristería y a su dueña y luego tomó un taxi, para dirigirse a casa de la esposa de Robeson.

La entrevista no fue muy satisfactoria. La mujer, asistida por un par de vecinas oficiosas, se desmayaba casi a cada momento. De las entrecortadas respuestas que recibió, Dunn sacó en limpio que la señora Robeson no sabía nada de lo que su marido hacía, excepto que tenía un buen empleo en la Exportadora Hyslip.

Al parecer, Joffre Robeson había sido muy reservado en casa con sus asuntos de trabajo. Dunn sabía que, desdichadamente, era así: había miles de matrimonios en los que la esposa sólo conocía la clase de trabajo que desempeñaba el marido, pero ni un solo detalle más.

Un segundo taxi le condujo a la casa donde vivía Edith Hyslip.

Le recibió una doncella impecablemente uniformada. Tras expresarle sus deseos, la doncella le hizo pasar a un saloncito agradablemente decorado, con un aire íntimo y acogedor sumamente atractivo.

Edith Hyslip llegó momentos después. Era una mujer alta, ancha de hombros y de caderas y de busto exuberante, cabellos muy rubios, con ayuda de la química, y abundancia de maquillaje en el rostro, para disimular las arrugas de la cuarentena de años por la que rondaba, según calculó Dan. Pese a todo, aún resultaba vistosa.

—Señora —dijo el joven.

—Siéntese —contestó ella, indicándole un diván—. ¿Desea

tomar algo, señor Dunn?

—Muchas gracias —rechazó él—. He venido solamente para formularle una pregunta oficial. Habrá visto mi tarjeta de visita.

—Sí, ciertamente. ¿De qué se trata?

Dunn estudió unos instantes a la mujer. Claramente se advertía en su rostro una expresión de ansia de dominio y egolatría, cualidades que, seguramente, se irían exacerbando con el tiempo, a medida que los años corriesen implacablemente y su figura y su belleza fueran encaminándose hacia la ruina física.

Aún luchaba con éxito contra los estragos del tiempo, mediante artificios químicos y ortopédicos, pero llegaría inevitablemente una época en que nada serviría y se convertiría en una mujer insufrible.

«Si no lo es ya», pensó.

—Simplemente —dijo—, deseamos saber si los secuestradores se han puesto en contacto con usted.

—No. Sólo se recibió la nota en que ordenaban reunir los doscientos cincuenta mil dólares para entregarlos como rescate y que ya avisarían el momento oportuno en que debía hacer efectiva la entrega. Todavía no han dicho nada, señor Dunn.

—Ya —murmuró el joven—. Por supuesto, la policía tiene intervenido su teléfono y un hombre permanentemente a la escucha, pero igual puede llegar el segundo aviso por correo.

—Es posible —admitió Edith Hyslip llanamente.

—Me admira su valor, señora —confesó Dunn—. ¿No teme que los secuestradores maten a su marido al hacer pública la noticia del rapto? Según creo, le recomendaron no avisara a la policía...

—Pagaré el dinero, si es preciso, pero haré cuanto sea posible para que los secuestradores sean castigados. Y, mientras no tengan el botín, Sapher no corre peligro alguno.

La voz de Edith era dura, metálica. «¡Dios mío, qué mujer tan terriblemente obstinada debe de ser!», pensó. Casi compadeció a Hyslip.

—Es una suma importante —comentó en voz alta—. Aunque sea indiscreto decirlo, ¿está en condiciones de reuniría?

—Mejor que yo, podría contestarle a eso el socio de mi marido, la señora Stacey —dijo Edith.

Dunn apreció un súbito cambio de tono en la voz de la mujer, aún de mayor hostilidad.

¿Hacia Mónica?

Entraba dentro de lo posible. Mónica, por lo menos, diez años más joven que Edith. A ciertas edades, los celos pueden desembocar en un sentimiento de odio infinito, se dijo.

—Tengo entendido que es una mujer muy capaz y eficiente —observó con naturalidad.

Una ligera sonrisa de desdén apareció en los labios de Edith.

—Permítame que me abstenga de formular mi opinión privada acerca de la señora Stacey —contestó—. Entonces resultaría que tiene una vida muy... pública.

—Comprendo —dijo Dunn cortésmente—. Pero quisiera saber si han comentado ambas algo acerca del secuestro de su esposo.

—Solamente lo necesario, señor Dunn.

El joven sacó en conclusión que Edith detestaba profundamente a Mónica. Realmente, no era agradable saber que el esposo pasaba las horas casi continuamente en compañía de una mujer mucho más joven y bella, y, todo había que decirlo, con bastante más gusto para el tocado y la indumentaria personales.

—Eso es todo por mi parte —dijo, a la vez que se ponía en pie—. La entrevista ha resultado muy instructiva.

—Lo celebro infinito —contestó ella fríamente—. Mi doncella le acompañará hasta la puerta, señor Dunn.

—Ha sido un placer, señora.

Cuando el joven salió de la casa, sudaba copiosamente.

—¡Qué mujer! —Respiró, aliviado.

Atravesó el pequeño jardín que rodeaba la casa de los Hyslip, situada en las afueras de la ciudad, y tomó un taxi que le condujo a su cuartel general en pocos minutos.

El inspector Garris escuchó atentamente cuanto le dijo Dunn. Luego, a una observación del joven, dijo en tono aprobatorio:

—Sí, es probable que podamos aprovechar esa especie de rivalidad que existe entre las dos mujeres. ¿Por qué no sondea a la Stacey?

—¿He de hacer yo siempre todo? —se quejó Dunn.

Garris le miró de arriba abajo. En sus ojos se leía una expresión socarrona.

—Es usted el tipo más adecuado para tratar con las damas. Edith Hyslip, aunque cuarentona, está todavía de buen ver; Mónica Stacey

es sumamente hermosa y, según creo, Mary Peters es un bombón. Bueno, yo le miro a usted y veo a un Apolo y... Blake, los hombres altos y guapos son la debilidad de todas las mujeres, altas, bajas, gordas, flacas, viejas y jóvenes. ¿Lo entiende?

—Vamos, que me ha tomado usted por el Don Juan oficial del FBI.

—Algo por el estilo —respondió Garris con sorna—. Andando, ¡a conquistar a Mónica Stacey!

CAPÍTULO V

Mónica salió del edificio donde tenía su despacho y caminó unos pasos por la calle. De pronto, un hombre casi se tropezó con ella.

Descubriéndose cortésmente, Dunn le presentó sus excusas.

—Pasaba por casualidad y... —dijo.

Mónica le lanzó una mirada maliciosa.

—Un federal nunca pasa por casualidad por un sitio determinado —contestó—. Me estaba siguiendo, confíeselo.

—¿Yendo por delante y de cara a usted? De haber querido seguirla, me habría disfrazado de abuelito gotoso, con grandes barbas blancas, gafas de color y un bastón en la mano.

Ella rió agradablemente.

—Es posible que me haya equivocado. Y ahora, si me lo permite...

—Si me lo permite usted, la acompañaré un rato. Es decir, a menos que tome su auto.

—Suelo regresar caminando a casa —contestó ella—. Es el único ejercicio que hago.

—Entonces, iremos juntos —decidió Dunn.

Pero unos minutos más tarde, estaban tras los ventanales de un salón, frente a frente y con un martini cada uno.

—La admiro a usted —dijo Dunn, tomando un sorbo de su copa—. Admiro a todas las mujeres de negocios.

—Tuve que hacerlo por no quedarme en casa mano sobre mano. Mi esposo no dejó grandes bienes rápidamente convertibles; todo lo tenía invertido en la Exportadora. Me dije que convenía vigilar de cerca mi parte del negocio.

—Comprendo. ¿Acaso dudaba de Hyslip?

—Por principio, no dudo de nadie, pero prefiero no tener que

dar ocasión a deslices tal vez irreparables.

—Es cierto. Sin embargo, ahora, la sociedad va a sufrir un duro golpe.

Mónica arqueó las cejas.

—¿Por qué?

—Hay que pagar doscientos cincuenta mil dólares del rescate...

—Los pagará Edith Hyslip. Ella es rica y su fortuna es completamente independiente del capital social.

—Ah —murmuró Dunn—. ¿La conoce usted?

—Sí, he hablado con ella unas cuantas veces.

—Parece una mujer enérgica.

Mónica jugueteó con la copa.

—Tiene una voluntad de hierro y un autoritarismo sin límites —contestó—. El pobre Sapher...

Ella se interrumpió de pronto. Miró a Dunn y sonrió.

—No quiero hablar mal de nadie —dijo.

—Si tiene algo que decir, le aseguro que soy discreto —sonrió Dunn.

—Me lo imagino, pero...

—Iba a decir algo referente a que Hyslip no es feliz con su mujer.

—¿Es usted un adivino? —bromeó Mónica.

—Simplemente observador, aunque me gustaría conocer su opinión privada al respecto.

Un brillo de malicia apareció en los ojos de la joven.

—Me imagino que Hyslip debe de sentirse más a gusto con los secuestradores que con su mujer —contestó.

Dunn rió de buena gana.

—Eso me pareció a mí también —concordó—. Además, vi en la expresión de Edith Hyslip algo relativo a usted.

—¿Sí? —preguntó interesadamente ella.

—Le voy a formular una pregunta. No conteste si no quiere, pero si lo hace, sea franca y recuerde que soy hombre discreto.

—De acuerdo. Hable.

—Pude darme cuenta de que Edith tiene celos de usted. ¿Ha habido algo entre usted y su esposo?

Hubo un momento de silencio. Dunn se fijó en que Mónica sonreía levemente.

—El día en que me guste un hombre, no andaré con subterfugios —respondió ella—. Y, francamente, Sapher no es mi tipo.

—Gracias —dijo Dunn—. Es cuanto deseaba saber.

Mónica se puso en pie.

—Es hora ya de que regrese a mi casa —dijo, tendiéndole la mano—. No, no me acompañe; tomaré un taxi.

—A su gusto, señora Stacey.

—Adiós, ha sido un placer, señor Dunn.

El joven permaneció en pie, hasta que la hubo visto atravesar la puerta del salón y mezclarse entre el gentío que caminaba por la acera. Fue a sentarse, pero entonces percibió la sensación de que unos ojos le miraban desde algún punto del local.

Paseó la vista en torno suyo. Los hermosos ojos grises de Mary Peters le contemplaban desde el lado opuesto del salón.

Dejó unas monedas sobre la mesa y caminó hacia ella.

—¿Le importa que me siente? —preguntó.

Ella extendió una mano.

—Un agradable empleo el suyo, que le permite hacer compañía a las mujeres hermosas —dijo.

—Nada más cierto —admitió él—, sobre todo, si pensamos en usted.

Mary se ruborizó ligeramente.

—No haga comparaciones —murmuró—. Ella es muy bonita.

—Usted no es fea en absoluto y tiene una ventaja sobre la señora Stacey.

—¿Cuál?

—Siete años menos que ella: los que van de veintitrés a treinta.

Mary desarrugó el ceño.

—¿Acierta tanto con el revólver como al calcular la edad de las damas? —De pronto, se puso seria—. Oh, no quise ofenderle; olvidaba que el otro día se vio obligado a disparar contra un hombre.

—No fue agradable, pero forma parte del oficio. Además, me defendía, él hubiera querido matarme.

—Sí, claro. ¿Cómo van las investigaciones?

—Depende de las ayudas que recibamos —respondió él con toda intención.

Mary jugueteó con la cucharilla de su servicio de café.

—Tendrían que someterme al tercer grado para que hablase —manifestó ella.

—¿Quién ha hablado de tercer grado? Solamente se le pide su colaboración...

—Por favor —rogó ella agitadamente.

Dunn abrió las manos.

—Está bien, no la molestaré más. De todas formas, habrá de permitirme que insista en considerar su presencia extraña en el puerto, la noche en que murió Stevens apuñalado.

Los labios de la joven temblaron.

—No me acose más, se lo suplico —dijo afligidamente.

Dunn la contempló unos segundos. Era fácil ver que Mary se sentía profundamente conturbada por algo que sucedía y que, según su opinión, quería evitar, sin conseguirlo.

Lo que fuera, se dijo, estaba relacionado con el contrabando de mineral de uranio. Era cuestión de paciencia; valía más esperar un poco y conseguir que Mary soltase cuanto sabía.

—Muy bien —dijo—. Lamento haberla molestado.

Se puso en pie y esperó unos instantes. Ella no dijo nada; permaneció con la vista fija obstinadamente en la mesa.

—Adiós, señorita Peters.

—Adiós —respondió Mary brevemente.

Al salir del local, Dunn cruzó una rápida mirada con un individuo que consumía parsimoniosamente una taza de café, mientras fingía leer un diario de la tarde. Cuando Mary abandonase el salón, tendría que pasar por delante de la mesa del agente que se había constituido en su sombra.

El teléfono de la mesilla del hotel sonó para Dunn demasiado temprano. Alargó la mano, levantó el aparato y, con voz soñolienta, dijo:

—Dunn al habla.

—Garris —le contestaron—. Espabílese. Tiene trabajo.

—¡Qué vida ésta! —refunfuñó el joven—. ¿En qué consiste?

—Se llama Cayn, Phil Cayn. —Garris deletreó el nombre y añadió, a continuación, la dirección del individuo—. Yo no puedo ir, porque estoy interrogando a un sospechoso y tengo a otro en el antedespacho. Y en cuanto a Logan es la «sombra» de Mary Peters.

—Ya —masculló Dunn—. Tres hombres para resolver un caso en

el que hay mezclados secuestradores y mineral de uranio. ¿Por qué no se lo encargaron a uno de esos detectives que han conseguido su título en una academia por correspondencia?

—No sea cáustico y vea a Cayn cuanto antes. Ha dicho que está en su casa, que no quiere salir... y que tiene algo que decirnos con respecto a unas cajas de maquinaria agrícola.

—Comprendo. Le llamaré con lo que sea —prometió Dunn.

Un cuarto de hora más tarde, estaba en la calle. Agitó una mano y un taxi se detuvo junto a la acera en el acto.

—El FBI se va a arruinar con mi cuenta de taxis —masculló, tras haber dado la dirección de Cayn al chófer.

Habían llegado a San Simón en automóvil, pero uno para los tres. Naturalmente, lo usaba el inspector Garris.

Llegó a casa de Cayn, pagó la carrera y saltó a la acera. En aquel momento, oyó un terrible alarido sobre su cabeza.

Levantó la vista. Una mujer chilló espeluznantemente.

Apenas si tuvo tiempo de saltar a un lado, a la vez que se volvía y con gesto instintivo, levantaba un brazo. Algo golpeó contra la acera con terrible estruendo.

Sobre el siniestro ruido del choque, Dunn distinguió el inconfundible de huesos rotos. El taxista lanzó una exclamación:

—¡Dios mío!

Gritaba la gente y chillaban las mujeres. Dunn volvió la vista.

El cuerpo que yacía en medio de la acera permanecía inmóvil, en medio de un charco de sangre que aumentaba rápidamente. Cambió una mirada al taxista; el hombre, con la cara tan blanca como el pañuelo que tenía en la mano, estaba limpiándose una mancha roja que tenía en la mejilla.

Sobreponiéndose a la impresión recibida, Dunn se lanzó hacia adelante y entró en el portal. Subió las escaleras de cuatro en cuatro, desdeñando el uso del ascensor.

La ansiedad le hizo olvidar los seis pisos que separaban la casa de Cayn del suelo de la calle. Llegó ante la puerta del departamento de Cayn y tanteó el pomo.

Estaba cerrado con llave. Sin dudarlo dos veces, sacó el revólver y cargó con el hombro izquierdo.

La cerradura saltó, con gran crujido de astillas. Dunn rodó por el suelo un par de veces y luego quedó de rodillas, con el arma

preparada.

—¡Quieto! —Intimó a un ser invisible.

El silencio más absoluto reinaba en la casa. Dunn se percató de que había una ventana abierta.

Había un ligero desorden en el mobiliario. Dunn calculó que Cayn había sido defenestrado, posiblemente, después de haber sido atontado de un golpe.

Encontró unas huellas extrañas, pero las pasó por alto casi enseguida. Le interesaba encontrar al asesino.

Porque, no cabía la menor duda, Cayn había sido asesinado.

Recorrió el piso cautelosamente. No había nadie.

De pronto, vio la ventana de la cocina, que daba a un patio interior. Las cortinas oscilaban ligeramente a causa del viento que entraba por el hueco.

Dunn se asomó a la ventana. Cerca divisó otra abierta, pero ni siquiera intentó pasar por encima del reborde que había a un metro de la ventana.

El asesino había tenido tiempo sobrado de huir y confundirse con la multitud. Además, le parecía que la otra ventana pertenecía a un edificio contiguo, posiblemente, con salida distinta.

Enfundó el revólver y examinó las huellas. Eran unas pisadas apenas perceptibles, pero de un tamaño sumamente pequeño.

—¿Una mujer? —Calculó.

De pronto, se dio cuenta de que había un grupo de curiosos agolpados en la puerta.

—Por favor, despejen —rogó—. Soy de la policía... No se agolpen; retírense a sus pisos...

Volvió a la puerta y buscó el teléfono. Segundos después, estaba en contacto con su jefe.

—Habla Dunn —dijo.

—¿Y bien? —contestó Garris.

—Cayn no quería salir de su casa, usted me lo dijo, pero le obligaron a salir... por la ventana.

Hubo una pausa de silencio.

—No se mueva de donde está —dijo Garris por fin—. Ahora vamos para allá.

—Muy bien, le espero.

Dunn volvió el teléfono a la horquilla y, echándose el sombrero

hacia atrás, se colgó un cigarrillo de los labios y lo encendió con aire pensativo.

Las huellas que había visto le preocupaban considerablemente. A juzgar por la primera impresión, Phil Cayn no había sido un hombre muy voluminoso.

El asesino, por tanto, había tenido cierta facilidad para lanzarlo a través del hueco. Sobre todo, si previamente había atontado a Cayn de un golpe para que no se resistiese.

Sin embargo, había oído un grito segundos antes de que el sujeto se estrellase contra el suelo. ¿Lo había lanzado Cayn? Cabía que así hubiera sucedido; tal vez había despertado en el último instante, cuando ya su suerte estaba echada.

Lanzó un suspiro de resignación.

—En esta banda, al que intenta irse de la lengua, lo liquidan sin más trámites —comentó para sí.

CAPÍTULO VI

El inspector Garris estaba furioso consigo mismo.

—No saqué nada de los dos sospechosos y, en cambio, perdí a un hombre que podía habernos dicho muchas cosas.

—Usted hizo lo que mejor convenía en aquellos momentos —trató Dunn de consolarle—. No tiene por qué hacerse reproches.

—Sí, pero...

Logan, el otro agente, entró en aquellos instantes.

—Traigo una noticia que puede resultar interesante —dijo.

—¿Sí? —Gruñó Garris.

—Cayn era maquinista de ferrocarril.

—¡Hola! —exclamó Dunn.

—Pero todavía hay más. Estaba retirado hacía un par de años.

Garris frunció el ceño.

—Pensé que podría tener alguna relación con los embarques de mineral de uranio —masculló decepcionado.

—Las cajas de maquinaria agrícola vienen directamente de Chicago —expresó Dunn.

—Entonces, ¿dónde hacen el cambio? —preguntó Garris lleno de perplejidad—. No se trata de una caja de zapatos, sino de una caja que pesa varias toneladas.

Desanimadamente, Dunn murmuró:

—Si tuviéramos a Hyslip con nosotros, podría contamos muchas cosas sobre el particular.

—Si Hyslip estuviera aquí, no habría sido secuestrado y, por lo tanto, no nos habríamos enterado del contrabando de uranio —arguyó Logan.

—Es cierto —convino Garris—. Pero lo raro es que después de tantos días, no hayan dicho nada los secuestradores para recibir el

dinero.

—Quizá están esperando a que las cosas se «enfrien» un poco...
—apuntó Logan.

—No —le contradijo Dunn—. En un secuestro con rescate, lo interesante es actuar cuanto antes, sin dar tiempo a la policía a desplegar todos sus medios. Un raptado que está demasiado tiempo con sus secuestradores, acaba convirtiéndose en algo incómodo, de la que es preciso deshacerse rápidamente. Hay que comprar comida, tabacos, bebidas, periódicos... comúnmente suele hacerse en parajes donde los secuestradores no son conocidos, pero también, donde inevitablemente, acaban haciéndose sospechosos si permanecen demasiado tiempo. Algo raro ocurre aquí —meneó la cabeza—, y no acabo de dar en el clavo.

—Eso sí es cierto —concordó el inspector—. Hay algo raro en este secuestro... Más de una semana, sin noticias de la víctima, no suele ser corriente.

—Tal vez los secuestradores saben que a la esposa de Hyslip no le resulta fácil reunir los doscientos cincuenta mil dólares en billetes y están esperando a que lo consiga.

Dunn frunció el ceño.

—Mónica Stacey me dijo que el dinero lo pagaría ella. Pero ése es un tema que no tocamos para nada en nuestra conversación.

—Sería interesante que la interrogase de nuevo al respecto —apuntó Garris.

—Muy bien, iré a la tarde —prometió el joven.

—A propósito —dijo Logan—, estuve sonsacando a la gente que presencié el... accidente. Por lo menos, los que vieron el jaleo que se organizó después. Una vecina de la casa contigua me dijo que vio salir a los pocos momentos a una mujer que, estaba segura, no pertenecía al vecindario. Era alta, pelo castaño y llevaba gafas oscuras, pero no se fijó en más detalles.

—¡Mary Peters! —exclamó Dunn de inmediato.

Logan meneó la cabeza.

—A la hora en que murió Cayn, yo estaba viéndola en la floristería. Y era ella, no una doble que la supliese mientras asesinaba a Cayn —afirmó rotundamente.

Dunn respiró aliviado.

—Menos mal —dijo.

Garris le miró con simpatía.

—¿Le agrada? —preguntó.

—Me parece buena chica, simplemente... pero uno no debe fiarse solamente del aspecto.

Garris asintió.

—Está bien. No deje de hablar con Edith Hyslip sobre el dinero del rescate.

—Conforme.

Media hora más tarde, Dunn miraba a través del escaparate de la floristería.

Mary atendía a un cliente. Dunn esperó a que la chica quedase sola y entonces entró en la tienda.

Mary le dirigió una profunda mirada. Sonriendo, Dunn avanzó hacia el mostrador y dijo:

—¿Podría enviar un ramo de rosas?

—Por supuesto. Si tiene la bondad de darme su dirección...

—Escriba, por favor. Ah, y envíelo mañana, antes de las nueve.

—Sí. ¿Nombre?

—Mónica Stacey, Exportadora Hylip, Edificio Flanagan.

La mano de Mary, tembló un instante, pero cuando se decidió a escribir, su pulso era firme.

—¿Cómo prefiere las rosas? —preguntó.

—Ella es morena. Imagino que el color rojo armonizará muy bien con el negro de su pelo.

—No se puede negar que tiene usted un gusto exquisito —sonrió Mary—. En flores... y en mujeres.

—¿Lo dice por usted?

Ella se ruborizó.

—No diga tonterías. Usted es ave de paso en San Simón.

—Pues mire, no me importaría dejar el FBI, ponerme un delantal y servir flores al público.

—Habría que ver su aspecto —dijo Mary, riendo a su pesar. De pronto, se puso seria—. No sé cómo tengo humor para reír.

—Sobre todo, con las preocupaciones que pesan sobre usted, ¿no?

La amabilidad de Mary había desaparecido repentinamente.

—Tengo trabajo —se excusó.

—Claro. Por favor, el importe de las rosas. Ah, ponga una tarjeta

mía en el ramo. No me gusta ser «un admirador anónimo de su incomparable belleza», como dicen algunos pedantes.

Ella asintió, volviendo a sonreír. Pero se notaba que lo hacía de una manera forzada, sin demasiadas ganas. Dunn abonó la nota y se dispuso a salir.

—Un día le enviaré un ramo de flores a usted misma. Rosas en su color natural. ¿O le gustan más blancas?

—De usted, ninguna clase de flor —respondió Mary brevemente. Dunn sonrió y salió a la calle.

Tenía tiempo de sobra y consideró interesante un paseo hasta la casa de Hyslip. En el camino, encontró un bar y tomó un par de bocadillos con cerveza y un trozo de pastel con una taza de café.

—Con todas estas agitaciones, uno llega a olvidarse de que tiene estómago —gruñó, ya satisfecho el apetito.

Reanudó su camino. Pensó en Edith Hyslip como posible asesina de Cayn. Edith era mujer lo suficientemente robusta para voltear el cuerpo del ferroviario retirado. Pero le parecía que tenía los pies demasiado grandes.

—Me fijaré en ese detalle —se dijo.

Además, Edith era rubia. Claro que una peluca y unas gafas negras bastaban para desfigurar a una mujer por completo. Lástima que la testigo no se acordase de si era delgada... o rolliza.

En todo caso, pensó, si había sido una mujer, poseía la suficiente astucia para no ponerse una peluca de un color demasiado estridente: o muy rubio o intensamente negro. El color castaño pasaba mejor desapercibido y hacía más borrosas las facciones en el momento de la identificación.

Anochece cuando llamó a la puerta de la casa de Hyslip.

La misma doncella salió a recibirle y le pasó al salón. Edith no tardó en aparecer, enfundada en un vestido de seda verde que contenía a duras penas su opulenta anatomía.

Debajo del vestido se notaba la faja inequívocamente. «Debe de estar ahogándose», pensó Dunn.

—Mi doncella ha dicho que quería hablarme —dijo Edith con acento lleno de frialdad.

—Así es, señora. Lamento tener que molestarla...

—Los secuestradores no han dicho nada todavía —le interrumpió la mujer.

—No se trata ahora del segundo aviso de los secuestradores — declaró el joven—. Solamente deseo aclarar un punto que no quedó suficientemente definido en nuestra última entrevista.

—Siéntese —ordenó ella imperativamente.

Dunn se pasó un dedo por el cuello de la camisa. De repente, se había dado cuenta de que Edith Hyslip le miraba de una manera extraña, escrutadora, estudiándole detenidamente de pies a cabeza.

—Gracias, señora —dijo—. Se trata del dinero del rescate.

—Ya le dije que estoy dispuesta a pagar lo que sea para hacer que Sapher vuelva a casa.

—El otro día, excúseme, por favor, no se expresó con tanta claridad. El dinero, ¿ha de salir de la caja de la Exportadora o de su fortuna particular? Según me han informado, usted posee bienes propios, completamente desvinculados de la empresa.

—En efecto, y así lo pactamos cuando nos casamos Sapher y yo. Pero a la empresa le costaría mucho reunir el dinero; lo tiene todo en inversiones y realizarlas rápidamente, resultaría ruinoso. Yo poseo valores de bolsa y bonos del Tesoro, que se pueden realizar con facilidad. Ya lo están, mejor dicho.

—Ah, ha dado la orden al Banco.

—En efecto, pero no sacaré el dinero hasta que reciba el aviso de los secuestradores.

—Comprendo. —Dunn se tironeó del labio inferior—. Creo que no tengo más que decirle. Muchas gracias, señora.

—¿No quiere tomar una copa? —propuso ella inesperadamente. Su tono se había vuelto amable de pronto y sonreía de una forma insólita en ella.

Dunn vaciló.

—Bueno. —No convenía mostrarse descortés.

Edith se puso en pie. Maquinalmente, tiró con ambas manos de la faja que comprimía sus caderas. «Si la faja cede, ella explotará», pensó el federal.

Edith llenó dos copas y le entregó una, inclinándose mucho hacia él.

—El FBI se ha mostrado conmigo sumamente atento —dijo.

—Es una de nuestras normas invariables —contestó él—. A fin de cuentas, no olvidamos que los ciudadanos son los que pagan nuestro sueldo.

—Sí —suspiró ella—, y cuidan de nosotros. Una profesión muy arriesgada la suya, ¿no, señor Dunn?

El joven estaba como sobre ascuas.

—Un poco, como cualquier policía —respondió.

Edith volvió a suspirar.

—Yo hubiera querido nacer hombre —dijo melancólicamente—. Habría sido un tipo aventurero... y ya ve, mujer, vieja, gorda y fea...

—No es ninguna de las tres cosas —dijo Dunn galantemente.

—Usted es un encantador embustero —sonrió ella.

Dunn terminó la copa.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Tan pronto?

—El trabajo...

—Sí, claro. —Una vez más, Edith volvió a suspirar, haciendo que se dilatase increíblemente su vasto seno—. Aquí me quedaré, esperando noticias de un hombre que no se merece siquiera las penas que paso por él...

—Estoy seguro de que el señor Hyslip es el primero en lamentar la forzosa separación a que se ven sujetos.

Edith rió agriamente.

—¡No lo crea! ¡Yo diría que hasta se siente contento de estar lejos de mí! ¡Pero éstos son problemas personales... y él es mi esposo, para bien y para mal!

—Claro. Su proceder la enaltece, señora Hyslip.

Dunn empezó a batirse en retirada. Esta vez, ella le acompañó hasta la puerta.

—Venga cuando necesite algo —invitó—. Mi casa siempre estará, abierta para usted, señor Dunn.

—Lo tendré en cuenta, señora.

Dunn salió a la calle y atravesó el jardín. Era ya de noche y la temperatura no era muy elevada, pero, a pesar de ello, se quitó el sombrero y se abanicó la cara.

—¡Uf! —dijo.

Luego se preguntó si era Edith la asesina de Cayn. Se había fijado en sus pies y le habían parecido increíblemente pequeños para su opulenta humanidad.

Caminó unos metros por la acera. De pronto, se detuvo, presa de

un súbito presentimiento.

Habían hecho muchas cosas, menos una. ¿No estaban cometiendo un error?

Buscó un teléfono y llamó al inspector Garris.

—He hablado con Edith Hyslip, jefe —manifestó Y le informó detalladamente del diálogo sostenido con la mujer.

—Así que lo pagará ella, ¿eh? —rezongó Garris.

—Sí, inspector. Otra cosa. Tenía usted razón.

—¿En qué, muchacho?

—Soy un Don Juan.

Los ecos de una gran carcajada llegaron hasta los oídos de Dunn a través del teléfono.

—¡Enhorabuena! —rugió, Garris, muerto de risa.

—Sí, démela... porque conseguí salvarme del peligro. Pero voy a decirle algo. Nos falta una cosa por hacer, inspector.

—¿De qué se trata?

—En todo este tiempo, no hemos vigilado ni un solo día la casa de Edith Hyslip. Yo me voy a quedar en las inmediaciones hasta el amanecer.

CAPÍTULO VII

Las horas iban pasando y el cuerpo de Dunn se entumecía progresivamente.

Empezó a pensar si no había cometido una equivocación. De todas formas, todo consistiría en una mala noche... y no era la primera, ni sería la última.

Al cabo de un par de horas, después de haber hablado con Garris, había visto apagarse las luces de la casa de Hyslip. Entonces, dando un rodeo, pasó al jardín por la parte trasera y se situó junto al tronco de un frondoso roble que adornaba aquel sector.

La oscuridad era absoluta. De cuando en cuando, Dunn tenía que ponerse la mano en la boca para evitar un bostezo.

A las dos de la madrugada, su ánimo empezó a flaquear. Sin embargo, reaccionó diciéndose que antes de cuatro horas amanecería y podría refugiarse entre las sábanas.

Pasaron algunos minutos. Algo crujió de repente en el jardín.

Los músculos de Dunn se atiesaron. Sacó el revólver lentamente.

Sus presentimientos se cumplían. Alguien se acercaba a la casa.

Una sombra apareció en su campo visual. El hombre, cuyo rostro destacaba apenas en las tinieblas, avanzó cautelosamente hacia el edificio. A Dunn le pareció que era de buena estatura y corpulento.

Caminó tras él, procurando pisar el césped, para no hacer ruido. El hombre llegó ante una de las ventanas de la casa, en el piso bajo, alzó suavemente el bastidor, y arrojó algo al interior.

Entonces, Dunn le puso el revólver en los riñones.

—Está detenido —dijo—. Manos arriba.

La sorpresa del sujeto fue enorme. Se puso rígido y levantó las manos en el acto. Dunn se dio cuenta de que era de una estatura similar a la suya.

—Apoye ambas manos en la pared y ponga los pies a un metro —ordenó en voz baja—. Voy a cachearle.

El hombre obedeció. Dunn le pisó el talón izquierda y, con la mano del mismo lado, le registró rápidamente.

Se sorprendió al darse cuenta de que el mensajero de los secuestradores no llevaba armas. ¿Qué misterio era aquél?, se preguntó.

De repente, el hombre levantó el pie derecho y le golpeó en el bajo vientre. Inmediatamente, debido a su postura, cayó de lado, pero ya había conseguido el objetivo.

Dunn se encorvó, presa de un intensísimo dolor en la ingle. Quiso recobrarse, pero el otro ya se había puesto en pie y le arreó un soberano golpe en la sien. Dunn, aturdido, empezó a caer, manoteando instintivamente en busca de un asidero.

El revólver se había escapado de sus dedos. Oyó un ruido de ropa rasgada y luego algo muy duro le golpeó en la mandíbula. Adivinó que era una rodilla.

«Eso es una indecencia», pensó, mientras se sumía en la inconsciencia.

Su desmayo, sin embargo, no duró mucho. Cuando, al fin, se sentó en el suelo, lo primero que hizo fue mirar el reloj.

Lo había consultado a las dos. Eran las dos y media y el encuentro había tenido lugar poco después de las dos y cuarto.

Pero aquellos diez minutos habían sido suficientes para que el mensajero de los secuestradores hubiera podido escapar sin dificultad.

Se acarició la mandíbula, dolorida a consecuencia del último golpe. El dolor de la ingle apenas si lo notaba ya.

De pronto, vio algo que brillaba tenuemente en el suelo, junto a una de sus piernas. Tomó el objeto con dos dedos y, al tacto, adivinó que era una fotografía.

Recordó el ruido de ropa rasgada. Se le había caído, a su adversario cuando él buscaba un lugar al cual agarrarse. Bueno, podía ser una pista valiosa, se dijo, mientras la guardaba para examinarla más tarde, por no encender una luz delatora.

En la casa no parecían haberse percatado de la lucha. Dunn se puso en pie y se asomó a la ventana.

Tenía los ojos habituados a la oscuridad. A dos pasos de la

ventana, divisó el tenue leve resplandor de un sobre blanco, de forma alargada.

—El mensaje de los secuestradores —dijo, satisfecho, en medio de todo, dando por bien empleados los golpes recibidos.

El inspector Garris contempló la fotografía una vez más. A su lado, desplegada, había una cuartilla con unas líneas escritas a mano.

La fotografía representaba el rostro y el busto de una mujer joven y atractiva, de escote generoso y sonrisa franca. Tenía el pelo oscuro y su rostro resultaba agradable de contemplar.

No había ninguna dedicatoria en el reverso. Garris dejó la fotografía a un lado y tomó la cuartilla.

De nuevo volvió a leer el mensaje:

«Reúna los doscientos cincuenta mil dólares en billetes pequeños y sin numerar...»

—Lo clásico, vamos —dijo sarcásticamente.

«... Y cuando tenga todo dispuesto, publique un anuncio en el San Simón Herald, que dirá lo siguiente: “Recuperada salud, estado físico satisfactorio”. Entonces recibirá nuevas instrucciones para dejar el dinero a cambio de su esposo».

Garris se llevó el papel a la nariz.

—Está perfumado —dijo.

Dunn lo tomó y lo olisqueó.

—Sí, y la letra parece de mujer —añadió.

—Posiblemente, la ha escrito la misma chica de la fotografía. Se la entregaré a Henry García; tal vez él la conozca.

—Es buena idea. Jefe, lo siento —se disculpó Dunn por segunda vez—. El tipo se me escapó...

—Pero consiguió algo importante. —Garris golpeó la fotografía con la uña—. Tenemos este retrato y puede ser la pista inicial que nos conduzca a la guarida de los secuestradores.

—Me he fijado en una cosa —dijo Dunn—. El vestido de la chica...

—Sí, lleva un escote despampanante —sonrió el inspector.

—Bueno, es cosa que se advierte a primera vista. Lo que quería decirle... puede ser que me equivoque, pero el vestido parece como el que podría llevar una mujer que actuase en un local público. Por supuesto, también podría llevarlo una señora cualquiera... pero el escote es demasiado audaz, no sé si me comprende...

—Le entiendo perfectamente, muchacho —contestó el inspector—. ¿Qué ha dicho la señora Hyslip?

—Le supo muy mal que la despertara...

—Eso es fácil de imaginar. Me refiero a la carta de los secuestradores.

—Pues, verá, jefe, no dijo nada.

Garris miró a su subordinado con gesto sorprendido.

—¿Bromea, Dunn?

—No, señor. Cuando le di la carta, explicándole de paso lo que había ocurrido, la leyó... pero su cara parecía de piedra. Lo más que dijo fue «está bien» y...

—¡Qué raro! —comentó el inspector.

—A mí, lo que me parece es que a esa señora le sienta como un tiro tener que dar el cuarto de millón por el rescate de su esposo. Claro que me ha dicho una y otra vez que lo pagará... pero no con gusto.

—Nadie paga con gusto un cuarto de millón de dólares por un rescate.

—Sí, pero hay otras personas que lo dan por bien empleado, sea cual sea el rescate, con tal de conseguir que vuelva sano y salvo el secuestrado. No digo que ella no lo desee...

—Pero no lo demuestra, vamos.

—Exactamente.

—Bien, tal vez sea así su carácter, muchacho.

—Puede, pero recordando cómo se portó por la noche, cuando fui a entrevistarla y su comportamiento posterior, la cosa me choca bastante.

Garris sonrió.

—De modo que se le insinuó, ¿eh?

—Bueno, yo no diría tanto, pero me miraba con mucha simpatía.

¿Quién sabe?, a lo mejor, en el fondo, está felicitando íntimamente a los secuestradores, por haberle resuelto un problema que para ella resultaba insoluble.

Garris soltó una gran carcajada. Luego dijo:

—¡No sea tan mal pensado! Puede que a la señora Hyslip no le disguste una aventurilla sentimental, pero de ahí a pensar que está deseando quedarse viuda, hay un gran trecho. Además, ella posee su propio capital, no tiene que esperar a que muera su marido para ser rica.

—Sí, es posible —convino el joven melancólicamente—. Bien, yo me he pasado una noche en vela, así que me voy a pasar una mañana y parte de la tarde en la cama. Si ocurre algo de nuevo, no deje de llamarme por teléfono a mi habitación del hotel.

—Conforme. Logan y yo nos ocuparemos de la artista... si es que resulta ser una artista —contestó Garris, mirando de nuevo la fotografía.

—En ese caso, tiene que ser conocida en San Simón y el jefe García sabrá quién es enseguida.

Dicho lo cual, Blake Dunn salió de la oficina y se encaminó por la vía más rápida a su hotel. Poco más tarde, dormía profundamente.

CAPÍTULO VIII

El teléfono sonó hacia el mediodía. Dunn alargó el brazo y se llevó el aparato a la mejilla.

—Habla Blake Dunn —murmuró con voz pastosa.

—Garris —sonó al otro lado la voz del inspector—. Noticias.

—Interesante —contestó Dunn, sentándose en el lecho—. Adelante, jefe.

—La chica de la fotografía, efectivamente, es una artista. Cantaba en el «Hill 300» y hará una semana o diez días que se despidió. Nombre: Dolly Kay.

—Buena noticia. ¿Dónde vive?

—Pequeño fracaso. El dueño del «Hill 300» nos dio su domicilio, pero al ir a preguntar en las señas que nos facilitaron, nos dijeron que Dolly se había cambiado una semana antes, sin dejar nueva dirección.

—O sea que ahora no se conoce su último domicilio.

—Justamente.

Dunn reflexionó unos instantes.

Luego dijo:

—Parece como si hubiera estado preparando su desaparición, jefe.

—Eso creo yo —convino el inspector—. Supongo que tal vez la policía podía seguirle los pasos y cambió de domicilio una semana antes de dejar el empleo en el «Hill 300». Un truco sencillo, pero suficiente para dejarnos en el aire.

—Sí —murmuró Dunn pensativamente—. Y resultarte, tan interesante conversar con ella...

—Por ahora, habremos de privarnos de ese placer —dijo Garris—. En cambio, usted podrá conversar con otra mujer también muy

hermosa. Llame a Mónica Stacey, la de la Exportadora Hyslip.

—¿Me ha llamado ella?

—Sí. Le prometí que se lo diría en cuanto pudiese pero preferí esperar a que descansara un poco.

—Gracias, jefe; tanta consideración me abruma.

—Hay que tenerla con el conquistador oficial del FBI —rió Garris atronadoramente antes de colgar el teléfono.

A continuación, Dunn marcó el número de la oficina de Mónica. Una secretaria le puso en contacto con la joven.

—Hasta mis oídos han llegado rumores de que deseaba hablarme —dijo el joven con buen humor.

—Los rumores se confirman —rió ella alegremente—. Debo agradecerle las flores que me enrió.

—Cortesía del FBI —respondió Dunn.

—Pero desearía darle las gracias de un modo menos impersonal que por teléfono. Vivo en Serra Street, 180. A las siete y media estaré en casa.

—Tomo nota de la hora y del lugar —dijo el joven alegremente.

Apenas colgó, saltó de la cama y se metió en la ducha. Después del aseo y afeitado consiguientes, se vistió y buscó un restaurante donde sació su apetito.

Cuando terminó, eran ya las seis de la tarde. Refunfuñando un poco acerca de aquella vida que le obligaba a hacer las comidas a destiempo, pensó en qué podría entretenerse hasta que llegara el momento de la cita.

De pronto, se acordó de Mary Peters.

Poco más tarde, abrió la puerta de la floristería. Mary se volvió apenas oyó la campanilla de la entrada.

Dunn creyó ver una ligera sonrisa de simpatía en los labios de la muchacha. Mary atendía a dos señoras y tuvo que esperar hasta que las hubo despachado.

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó ella, cuando se hubieron quedado solos.

—Sí, puede servirme en una cosa: ¿Qué hará con la floristería el día en que se case?

—Todavía no he pensado en ello...

—Pero es joven y bonita y un día se casará; es algo inevitable. Vamos, suponga que tiene ya prometido. ¿Qué hará?

—Bien, el negocio no es una mina, pero rinde lo suficiente para vivir con holgura. No hay motivo para dejarlo... por el momento.

—¿Y si el esposo viviera lejos de San Simón?

Ella le miró rectamente a los ojos.

—Tendría que seguirle... o no me habría casado con él —respondió.

Dunn suspiró.

—¡Hombre feliz, el que consiga su corazón! —comentó—. Ande, póngame la mejor orquídea que tenga en una caja bien aparatosa y con un lazo que parezca una sábana de color.

Mary se echó a reír.

—Le gustan las cosas estridentes, ¿eh?

—Depende de las ocasiones. Un obsequio estridente... para una ocasión discreta.

Ella le dirigió una mirada oblicua.

—¿Va a entrevistarse con una dama? —preguntó.

—Lo confieso.

—Ah.

Mary empezó a preparar la orquídea.

—Se llama Mónica Stacey —añadió Dunn.

Estaba mirándola y le pareció que le temblaban las manos un instante.

—Usted la conoce, ¿no es cierto? —preguntó.

—Sí —contestó Mary en tono indiferente.

—Es una mujer muy hermosa.

—Eso tengo entendido.

—Pero yo opino que usted lo es más.

—No trate de adularme. —Mary se esforzó por sonreír.

—Bueno, puede que ella sea más hermosa, pero si a mí me parece que usted lo es más que Mónica, siempre resultará que usted le gana a hermosura. Un poco enrevesada la cosa...

—Se comprende fácilmente. No soy tan tonta —contestó Mary, amostazada—. Y gracias por su apreciación tan... subjetiva.

—En cambio —dijo él, encendiendo un cigarrillo—, lo que ya no se comprende tanto es la estancia de una florista a las tantas de la madrugada en la vecindad de un tipo con un cuchillo en el pecho.

De nuevo temblaron las manos de la joven.

—¿Quiere que le pida otra vez que me lleve arrestada? —dijo.

Dunn hizo un gesto de resignación.

—No puedo hacer nada en ese sentido, pero ¡cuánto ganaríamos todos si fuese franca!

—Lo siento —respondió Mary brevemente. Se volvió hacia él y le entregó la orquídea, ya lista en su caja transparente—. Son tres dólares cincuenta.

Dunn metió la mano en el bolsillo.

—El deber impone a veces ciertos sacrificios —comentó melancólicamente.

—Una entrevista con una mujer hermosa no es nunca un sacrificio —respondió ella con voz envarada—. El cambio, señor Dunn.

—Algún día podría llamarme Blake; es mi nombre —insinuó él. La puerta de la tienda se abrió.

—Perdón, tengo clientes —eludió Mary una respuesta concreta. Dunn salió a la calle, meneando la cabeza.

—Debiera dedicarme a ella, más que a las otras —murmuró para sí.

Todavía seguía preocupándole la actitud de la muchacha. Por más que se esforzaba, no conseguía dar con un motivo plausible que justificara su estancia en él muelle, en los momentos en que había encontrado asesinado a Mock Stevens.

A las siete y media, Mónica Stacey abrió la puerta de su casa.

Durante unos segundos, Dunn la contempló escrutadoramente de pies a cabeza.

—Es usted una mujer perturbadoramente hermosa —dijo, a la vez que le entregaba la orquídea—. Será causa de mi insomnio, se lo aseguro.

Ella se echó a reír. Le asió por el brazo y le hizo entrar en el apartamento, amueblado con discreta elegancia, pero en donde, según Dunn, todo era de precio.

—Siéntese —invitó ella—. Voy a prepararle algo de beber. ¿Puede hacerlo? ¿No estará de servicio?

—Estoy al servicio de una dama muy hermosa —contestó él intencionadamente.

Mónica le dirigió una mirada penetrante.

—Empiezo a sentir miedo. En lugar de preparar bebidas alcohólicas, debiera invitarle a limonada y beber yo lo mismo. ¿Qué

pasará si el alcohol me hace perder la cabeza?

—Yo la encontraría enseguida —respondió él.

—¿Dónde? —preguntó Mónica.

—Apoyada en mi hombro.

Mónica emitió una alegre carcajada. Luego se alejó hacia el aparador de los licores y llenó dos vasos. Dunn seguía contemplándola especulativamente.

Mónica se había puesto para la ocasión un traje negro, corto, sumamente escotado, con medias de malla y zapatos asimismo negros. Salvo el tono rojo de sus labios, no había en ella más que blanco de piel y negro de indumentaria.

Volvió a su lado y le entregó un vaso.

—Sea bueno y avíseme a tiempo cuando me vea perder la cabeza —pidió, mirándole a los ojos.

—¿Y si el que la pierde soy yo?

Dunn tomó un trago. Luego dejó el vaso sobre la mesa. Ella se sentó a su lado, muy próxima a él, comunicándole el calor de su cuerpo joven y bien formado.

—Debo darle las gracias por las rosas —dijo suavemente.

—Yo se las doy por haberme permitido venir a su casa —contestó él—. Pero le aseguro que no lo hice con esa intención.

—Sin embargo, está aquí.

—Y de ello me felicito. Ahora ya no es una mujer de negocios, ¿verdad?

Mónica movió suavemente la cabeza.

—Sólo soy una mujer —contestó.

Ella seguía mirándole con fijeza, ligeramente inclinada hacia él. Dunn se dijo que puesto que la ocasión se la estaban pintando calva, había que...

Rodeó con el brazo el flexible talle de la joven.

—Empiezo a perder la cabeza —susurró ella.

—Vamos a ver si la encontramos, aunque sea al tacto. —Se inclinó hacia sus labios y entonces, la mano izquierda de Mónica se elevó, crispándose sobre su nuca.

Estuvieron así unos momentos. De pronto, Mónica se separó y se puso en pie, alisándose maquinalmente las caderas.

—Es usted un hombre terriblemente peligroso —dijo, todavía con la respiración alterada—. ¿Todos los federales son iguales?

—Algunos son gordos, calvos y tienen callos. Un día lo seré yo —contestó él riendo.

—Pero mientras tanto... —Mónica se miró en el cristal de un cuadro y se atusó el cabello—. Tendrá que excusarme un momento, Blake; voy al tocador... a sujetar firmemente mi cabeza.

Dunn sonrió. Dábale la impresión de que Mónica la tenía bien asentada sobre los hombros. Lo había notado claramente mientras sus labios estaban en contacto; había sido un beso, para ella, bastante formulario, sin pasión alguna.

¿Pretendía algo de él?, se preguntó.

Encendió un cigarrillo y se puso en pie. Dio una vuelta por la estancia, admirando los grabados colgados en las paredes. Luego, casualmente, sus ojos captaron la imagen de una tira de fósforos que estaba sobre el aparador de los licores.

Por asociación de ideas, sintió deseos de fumar. Sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca. Luego tomó la tira de fósforos, pero no llegó a arrancar el primero.

Era un anuncio del «Hill 300», precisamente el local donde trabajaba Dolly Kay. En la cara interior del sobre, vio unas letras escritas.

D. K., Grant Place, 90

Oyó los tacones de Mónica en la habitación contigua y volvió la tira de fósforos al mismo sitio. Guardó el cigarrillo y regresó al diván.

Mónica entró casi en el mismo instante.

—Lamento haberle hecho esperar —se excusó sonriendo—. ¿Quiere otra bebida?

—No, gracias. Por ahora, tengo suficiente.

—Quiere tener la mente clara, ¿no es cierto?

—Mirándola a usted, se enturbia enseguida —sonrió él.

—Si sigue así, me convencerá de que soy una mujer fatal, Blake.

—Nada de eso, sino bella y muy inteligente.

—Pero sola —suspiró ella, sentándose a su lado. Juntó las rodillas y apoyó en ellas los codos—: Y precisamente, en los momentos más difíciles.

—¿Por qué lo dice? —preguntó él, extrañado.

—Cosas del negocio. La ausencia de Hyslip nos está causando graves trastornos.

—Bueno, usted sabe dirigirlo...

—No lo crea. En realidad, era él quien llevaba todo. Ciertamente, yo le ayudaba mucho..., pero no debemos olvidar que son dos años contra veinte de experiencia, que eran los que él llevaba al frente del negocio.

—Los secuestradores se han puesto ya en contacto con su esposa.

—¿Es cierto? —preguntó Mónica, algo más animada.

Dunn le contó lo referente al anuncio, aunque sin explicarle la forma en que había llegado a conocer su contenido.

—Espero que Edith reúna pronto el dinero —dijo Mónica, cuando él terminó su relato.

—Lo hará —prometió Dunn:

—¡Ojalá! La verdad, no estoy muy segura de ello.

—¿Cómo? —Dunn fingió asombro.

Mónica tomó una mano de Dunn con gesto impulsivo.

—Blake, ¿me permite que le haga una confidencia? —dijo.

—Lo estoy deseando —respondió él.

—Pero no lo repita a nadie más. Yo creo que Edith se alegraría muchísimo de quedarse viuda.

—¡Por favor! Las noticias que tengo yo, indican todo lo contrario, Mónica.

—Sí, eso lo dice delante de la gente, pero resultaría interesante..., aunque en la práctica es imposible, claro, resultaría interesante, repito, poder meterse dentro de su cerebro.

—¿Estaba Edith cansada de su esposo?

Mónica hizo un gesto ambiguo.

—Olvídelo —contestó—. Yo no le he dicho nada, ¿comprende?

De pronto, se puso en pie y caminó hacia el bar. Sacó una caja de cigarrillos y tomó uno, que se puso entre los labios.

Dunn se incorporó y caminó hacia ella.

—Permítame —dijo, cogiendo la tira de fósforos. Fingió reparar en el marbete y preguntó—: ¿Es usted asidua de este local?

—Oh, no; se la dieron a Hyslip y se la olvidó en la oficina. Yo la tomé sin darle ninguna importancia y...

Dunn encendió un fósforo pero, en lugar de acercarlo al

cigarrillo, sopló para apagarlo.

—¿No me enciende el cigarrillo? —preguntó Mónica.

Dunn alargó la mano derecha y, con dos dedos, quitó el pitillo de labios de la joven.

—Éste no es momento de fumar —dijo.

Mónica sonrió.

—Entonces, ¿de qué es momento?

Dunn rodeó su cintura con los brazos.

—Se lo diré de un modo práctico —contestó, inclinándose hacia ella.

CAPÍTULO IX

Mónica Stacey se atusó el cabello, mirándose al espejo de su tocador. Apoyado en la jamba de la puerta, Dunn fumaba un cigarrillo mientras contemplaba sus movimientos.

—Tú te irás de San Simón cualquier día —dijo—. Es mejor cortar toda relación antes de que sea demasiado tarde.

—O quizá convenga más ahondarla y profundizar hasta el límite —apuntó el federal.

Mónica agitó la cabeza negativamente.

Terminó su tocado, se volvió y le puso las manos sobre los hombros.

—Separémonos como buenos amigos —dijo—. Yo no soy mujer que te convenga.

—¿Por qué dices eso? —preguntó él, extrañado.

—Primero, soy más vieja que tú...

—Tengo veintinueve años.

—Y yo treinta. La edad, en efecto, no es grave inconveniente. El peor inconveniente es...

—¿Sí, Mónica?

—He estado casada una vez. No fui una desgraciada, pero tampoco encontré lo que buscaba. Me gusta la independencia.

—Así que ése es el otro inconveniente.

—Sí.

Ella le besó suavemente en una mejilla.

—Tú tienes aspecto de ser un hombre hogareño, al que le gusta llegar a casa, abrazar a la esposa, besar a los chiquillos... Mira, la florista haría contigo la pareja ideal.

Dunn se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Cómo sabes que...?

Mónica salió al salón.

—La conozco —contestó—. Es una buena chica y está deseando encontrar un hombre que la ame. San Simón es relativamente pequeño y hay pocas oportunidades.

—Vaya, parece que la conoces bastante bien —comentó Dunn, asombrado.

—Tengo motivos para ello. —Mónica se volvió de pronto hacia él—. Blake, lo mejor será que cortemos esta relación, antes de que llegue a extremos más peligrosos. Vete, por favor.

Dunn frunció el ceño. El súbito cambio de actitud de la joven se le antojaba incomprensible.

—Pero...

—¡Por favor!

El joven se resignó.

—Está bien, si tú lo quieres... De todas formas, conservaré un grato recuerdo de esta velada.

—No lo dudo —contestó Mónica, sonriendo. Pera a Dunn le pareció que tenía los ojos húmedos. Se preguntó a qué se debería tan insólito cambio de actitud.

Todavía continuaba tan perplejo cuando llegó a las inmediaciones del número noventa de Grant Place.

Tratábase de un edificio de pisos, de aspecto corriente, en un lugar sin un relieve especial, con algunos jardines en el centro. Era ya bastante tarde y Dunn vaciló un poco antes de emprender la aventura.

Tocó la tira de fósforos que llevaba en el bolsillo y de la que se había apoderado, por fin. Las dos iniciales, D. K., indicaban claramente el nombre que se escondía tras ellas.

Le hubiera gustado saber si la letra pertenecía a Mónica. Claro que era sencillo averiguarlo. Lo haría al día siguiente, se prometió.

La plaza estaba desierta. Sus pasos resonaron claramente en el asfalto. Entró en la casa.

Un adormilado conserje nocturno se despegó de la silla en que pasaba la noche.

—¿Sí? —murmuró, reprimiendo un bostezo.

—Busco a Dolly Kay —manifestó el joven—. Por favor, ¿cuál es su apartamento?

El conserje puso cara de extrañeza.

—¿Dolly Kay? Aquí no vive ninguna mujer con ese nombre —respondió.

Dunn se quedó parado un instante. No tardó en hallar una solución.

—Se trata de una joven de unos veinticinco a treinta años, rubia, de ojos claros y aspecto muy alegre y animado...

—¡Ah! —exclamó el hombre—. Usted se refiere a Jenny Smith. Vaya, no sabía que usara dos nombres —comentó—. Vive en la séptima planta, puerta F.

—Gracias —contestó el joven.

Y se metió en el ascensor.

Era raro, se dijo. Dolly Kay se ocultaba allí bajo el nombre de Jenny Smith. También cabía que éste fuese su nombre auténtico y el otro el artístico. No había por qué sentar conclusiones precipitadas..., salvo recordar el hecho de que parecía estar en contacto con los secuestradores.

Salió del ascensor y buscó la puerta señalada. Iba a llamar, cuando oyó un leve ruido al otro lado.

Alguien se acercaba. Dunn se apartó ligeramente de la puerta, justo en el momento en que se abría.

Una mujer salió, con un maletín en la mano. Dunn la reconoció en el acto.

—¿Señorita Kay?

Ella se volvió, vivamente sorprendida.

—¿Qué quiere usted? —preguntó en tono receloso.

Dunn le enseñó sus credenciales.

—Pertenezco al FBI —dijo—. Lo siento, pero debo rogarla que me acompañe.

Dolly palideció.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada malo...

—Nadie la acusa de ningún delito —manifestó Dunn—. Solamente queremos hacerle algunas preguntas en relación con un secuestro: el de Sapher Hyslip.

—¡Nunca he oído ese nombre! —protestó ella con gran energía.

Dunn se dio cuenta de que las protestas de Dolly sólo servían para encubrir el gran pánico que sentía.

—Sí —dijo—, usted lo conoce y sabe dónde está. ¿Se ha dado cuenta de que, por su complicidad con los secuestradores, puede

corresponderle una pena gravísima?

—¡Pero es que no...!

Dolly se mordió los labios, como si se diese cuenta de que había estado a punto de cometer una imprudencia. Con gesto cansado, añadió:

—Iré con usted a donde sea. Espero poder demostrar mi inocencia en este caso.

—Será lo mejor para todos —declaró Dunn—. ¿Conoce usted el paradero de Hyslip?

Dolly se enderezó.

—No contestaré a esa pregunta —respondió.

—Muy bien, aquí no puedo forzarla a que conteste a ninguna pregunta. Veremos si piensa lo mismo cuando se le formule una acusación en regla. Las leyes sobre secuestro de personas son muy estrictas. ¿Lo sabía usted, señorita Kay?

—He tenido mala suerte —murmuró ella.

Hubo una corta pausa de silencio. Dunn la tomó suavemente por el brazo y la empujó hacia el ascensor.

Momentos después, se hallaban en el vestíbulo. El conserje les contempló con la boca abierta.

Haciendo caso omiso de su asombro, Dunn continuó su camino. Cruzaron el vestíbulo y llegaron a la puerta de la calle.

Dunn llevaba el maletín de Dolly. Salieron fuera del edificio y giraron hacia la derecha.

—Es un poco tarde ya —dijo él—. Puede que tengamos que caminar un poco antes de encontrar un taxi.

Dolly hizo un gesto de indiferencia. Caminaron una docena de metros y rebasaron la esquina del edificio.

En aquel instante, sonó un disparo.

Dolly gritó.

Dunn se volvió hacia su derecha. Escondido entre las sombras, un individuo apuntaba a Dolly con un revólver.

El federal vio a un sujeto vestido enteramente de negro y con un sombrero que le cubría los ojos. Su cara era una máscara blanca en la oscuridad de la calle lateral.

El revólver llameó varias veces. Dolly lanzó un gemido y se derrumbó en brazos del federal, quien trastabilló, perdiendo el equilibrio durante unos segundos que resultaron preciosos.

Cuando al fin pudo reaccionar, el pistolero se había dado a la fuga. Dunn se lanzó en su persecución, tras dejar en el suelo el cuerpo de Dolly, pero el asesino se había perdido ya en el dédalo de callejuelas cercanas al puerto.

Frustrado, regresó junto a Dolly. La artista yacía en medio de un charco de sangre.

Se arrodilló a su lado. Dolly le miraba implorantemente.

—¿Dónde está Hyslip? —preguntó el joven, mientras el conserje, que se había acercado al lugar del suceso, contemplaba la escena con ojos desorbitados por el horror.

Se oyó un pito policial. Dunn repitió la pregunta.

Dolly movió los labios, como si quisiera decirle algo. Pero los sonidos no salieron por su boca.

Su cabeza se dobló lentamente a un lado. Lanzó un profundo suspiro y dejó de respirar.

El inspector Garris se paseaba a grandes zancadas por su despacho.

—Sé que tiene todos los motivos del mundo para sentirse furioso —dijo Dunn—. Debí haberte llamado...

—No. Usted obró bien. Era lo que competía hacer en aquellos momentos. Si me siento furioso, es porque no conseguimos dar con el paradero de Hyslip.

Dio dos vueltas más al despacho.

—Y, por si fuera poco, está este maldito asunto del contrabando de mineral de uranio. ¿Se habrá dado cuenta Hyslip de que se le ponían las cosas feas y ha tratado de esconderse?

—No lo creo yo así. Sencillamente, la banda de secuestradores, recuerde usted los casos anteriores, quiere sacarle dinero y lo que se había iniciado como un caso de secuestro por chantaje, ahora es un secuestro normal..., si es que a un secuestro se le puede calificar de cosa normal.

El maletín de Dolly Kay, abierto, estaba sobre la mesa. Garris revolvió su contenido y tras agarrar un puñado de prendas íntimas, volvió a lanzarlas sobre el maletín.

—Esa chica vino a por ropas limpias —dijo.

—Y a comprar un ejemplar del San Simón Herald.

—Pero la señora Hyslip no ha publicado todavía la nota en el periódico.

—Un cuarto de millón en billetes pequeños no se reúne tan fácilmente, jefe.

Dunn se acercó al maletín y examinó el contenido con gesto abstraído.

—De modo que Dolly vino a por ropas limpias —murmuró—. Eso significa que Hyslip está en un lugar donde no hay tiendas cerca. En el campo, por ejemplo.

—Una cabaña de caza —sugirió Garris.

—Algo por el estilo —convino el joven.

Logan, el otro agente, entró en aquel momento.

—Traigo algo interesante —manifestó.

—¿De qué se trata? —preguntó Garris.

Logan sacó un sobre que llevaba en el bolsillo.

—Podemos enviarlo al laboratorio para confirmar mi hipótesis —declaró—, pero, por lo poco que he podido ver, esta tierra que he recogido en los zapatos de Dolly Kay es análoga a la que contenía el cajón que se desventró en el muelle.

Abrió el sobre y echó unos granos de tierra en la palma de la mano. Garris sacó una potente lupa y la examinó durante unos momentos.

—Es posible que tenga razón —dijo al cabo.

—Entonces, Hyslip se halla en el yacimiento secreto de uranio —exclamó Dunn.

—Sí, pero como ignoramos su emplazamiento, estamos igual que estábamos —masculló el inspector—. ¿De veras no pudo verle la cara al asesino, Blake?

—Vi una mancha blanca muy pronunciada, como si se hubiese puesto una careta de cartón, toda pintada de blanco, sin rasgos. No pude fijarme en más detalles... y todavía debo estarle agradecido a Dolly Kay; sin proponérselo, ella, con su cuerpo, me evitó un balazo seguro.

—Sí, pero Dolly se llevó cuatro que la liquidaron.

—¿Sabía tanto como para que la matasen?

Dunn miró al inspector.

—Conocía el escondite de los secuestradores —dijo.

—Pero era de confianza... —alegó el otro federal.

—Quizá la asesinaron porque la consideraban un eslabón débil —opinó Garris.

—Como sea —dijo Dunn—, es un asesinato incomprensible. Si ella vino a por ropas limpias, lo hizo con el consentimiento de la banda. No había motivo, por tanto, para asesinarla... y de haber querido hacerlo, la habrían matado en el campo, lejos de testigos comprometedores.

Garris miró a Dunn.

—¿Quién sabía que iba usted a registrar la casa de Dolly Kay? —preguntó súbitamente.

—Nadie, por supuesto —respondió el joven.

Garris elevó sus brazos al cielo.

—¡Acabaré por volverme loco! —exclamó—. ¡Esto no hay quien lo entienda!

Dunn pensó que el inspector tenía razón. Era un caso completamente incomprensible.

CAPÍTULO X

Mary Peters terminó de arreglar un jarrón y miró a Dunn por encima de las flores.

—Debió de pasar un mal rato cuando vio que moría aquella mujer en sus brazos —comentó.

—No fue agradable, en efecto —convino el joven.

—Es un oficio muy arriesgado el suyo —suspiró Mary.

—Sólo en ocasiones. Si quiere que le diga la verdad, me he visto en muy pocos casos con efusión de sangre. La mayor parte de nuestras actuaciones son verdaderamente rutinarias, créame.

—Aún así... En fin, supongo que el caso se resolverá pronto.

—Algo ganaríamos si usted nos ayudara —contestó él intencionadamente.

—Hago todo lo que puedo. Más de lo que usted mismo se cree.

—Yo no creo nada, Mary.

La joven se cambió de sitio.

—Se equivoca con respecto a mí, Blake —dijo.

—Me gustaría no equivocarme, Mary.

Ella le dirigió una sonrisa maliciosa.

—No soy una experta en el comportamiento masculino, pero a usted le tengo tomadas las medidas —dijo.

—¿Sí? Vamos, explíqueme en qué consiste...

—Usted trata de conquistarme. Yo caeré rendida en sus brazos y le contaré todos mis secretos. ¿Es ésa la nueva táctica del FBI?

—¿Opina que es así como me estoy comportando con usted?

—¿Y de qué otra forma podría pensar? Usted me sorprendió en una situación crítica. Otro cualquiera, posiblemente, me habría arrestado..., pero me dejó libre. En cuanto tiene un momento disponible, ge planta en la tienda... y habla, y habla, y habla..., y

me hace hablar a mí. Sus intenciones se adivinan a la legua, Blake.

—Es usted muy perspicaz, Mary.

—Un poco —confesó ella con desenvoltura—. Pero hábleme ahora de la destinataria de la orquídea. ¿Qué tal lo pasó al lado de Mónica Stacey?

—¡Psé! No puedo quejarme. Es una mujer encantadora.

—Y cariñosa, sin duda.

—Un caballero debe guardar siempre el secreto de lo que ha ocurrido entre una mujer y él.

A Dunn le pareció que un relámpago de ira brillaba de pronto en los ojos de la muchacha. Pero casi en el acto, Mary volvió a componer el gesto y sonrió:

—La discreción es la virtud principal de todo caballero, en efecto —admitió—. Aunque si una no es tonta, se imagina fácilmente lo que ha podido ocurrir.

—Será mejor que ate corto las riendas de su imaginación —dijo él. Y en aquel momento, sonó el teléfono, situado en un ángulo de la tienda.

Dunn se puso un cigarrillo en los labios, mientras Mary atendía el teléfono. De pronto, ella le llamó.

—Es para usted.

—¿Para mí? —dijo Dunn, extrañado.

Pero tomó el aparato y se lo llevó a la oreja.

—Habla Dunn.

—¡Menos mal! —Oyó una voz conocida—. Le estoy buscando por todas partes... y gracias que se me ocurrió podría estar en la floristería. Un buen lugar para entretener los ocios, ¿eh? —comentó Garris socarronamente.

—No está mal —convino Dunn—. ¿Qué ocurre?

—Hace media hora recibí una llamada anónima. Está llegando un tren especial con maquinaria agrícola, toda consignada a la Exportadora Hyslip. Dese prisa y acuda a los muelles. Allí nos veremos.

—Muy bien, ahora mismo iré.

Dunn colgó el teléfono y se encaró con Mary.

—Lo siento, tengo que irme.

—Muy bien.

—¿No me dice usted: «Vuelva cuando quiera»?

—Éste es un establecimiento público.

Dunn captó el tono de frialdad que latía en la voz de la muchacha y se preguntó si sería debido a que se acordaba de Mónica Stacey. De todas formas, no podía evitar lo que ya estaba hecho.

—De acuerdo. Acepto la invitación para volver —contestó con toda frescura.

Un cuarto de hora más tarde, estaba en los muelles, junto con Garris y Logan. Un largo tren, remolcado por una antigua locomotora de vapor, buscaba lentamente el lugar de estacionamiento.

Todos los vagones, unos treinta, eran del tipo plataforma y cada uno de ellos estaba cargado con seis grandes cajones de madera, cuidadosamente estibados y amarrados, a fin de impedir que se soltaran y cayeras fuera con los traqueteos de la marcha.

La locomotora se detuvo al fin, con gran rechinar de frenos y en medio de una nube de vapor. Casi en el acto, los obreros portuarios emprendieron la labor de descarga.

—Debe de haber unas quince toneladas por vagón —estimó Garris.

—Lo cual significa cuatrocientas cincuenta toneladas de mineral de alto valor en contenido uranífero —agregó Dunn.

—Suponiendo que haya mineral de uranio en esos cajones —dijo el inspector—. Sospecho que, después de haber sido descubierta la expedición anterior, los contrabandistas dejarán pasar mucho tiempo antes de emprender nueva operación.

—¿Comprobamos si es cierto que los cajones contienen maquinaria agrícola? —sugirió Dunn.

—Sí, vamos.

Fue una operación larga y tediosa y absolutamente infructuosa. Esta vez, los cajones contenían lo que pregonaban las etiquetas externas: maquinaria agrícola.

Garris se quedó perplejo.

—Entonces, ¿por qué diablos nuestro confidente dijo que llegaba un tren con contrabando? —masculló.

—¿Dio su nombre?

—No, aunque me di cuenta de que era una mujer...

—¡Una mujer! —resopló Duna.

Inmediatamente, pensó en Mary Peters. Una idea se le ocurrió en aquel instante, pero se abstuvo de comunicársela al inspector.

Sonaron unos pasos muy amortiguados.

Escondido tras una alta pila de cajones, Dunn contempló el avance de la mujer.

La reconoció en el acto. Era Mary Peters.

La joven vestía ropas oscuras y llevaba puesto un pañuelo negro, que sujetaba sus cabellos. Sin vacilar, se dirigió a una de las grúas y trepó a la caseta de gobierno.

El aguilón de la grúa había quedado muy empinado, casi vertical. El cable pendía a unos pocos palmos de la caseta.

Mary abrió la ventana y, sacando medio cuerpo fuera, estiró el brazo. Atrajo hacia sí el cable y, tras sujetarlo con un fuerte cordel a un gancho interior; sacó de su bolso una lima y empezó a frotarla contra el cable.

—Sería mejor que dejase eso —dijo entonces una voz—. Los cajones contienen esta vez maquinaria agrícola y no mineral de uranio.

Mary se volvió hacia Dunn, lanzando; una ahogada exclamación. Dunn avanzó hacia ella, le quitó la lima y cortó el cordel, dejando el cable en su posición primitiva.

—Ahora comprendo lo que hacía aquella noche en el muelle —dijo el federal.

Mary apretó los labios.

—No sé nada de lo que me está diciendo —contestó un tanto infantilmente.

Dunn la tomó por el brazo con gesto persuasivo.

—Vámonos —dijo—; éste no es lugar para hablar.

—¿Me lleva a su oficina?

—No. La noche está fresca. Un café nos sentará bien a ambos. Deje los cajones; ya los hemos examinado nosotros esta tarde y, repito, contienen maquinaria agrícola. ¿Cree que los contrabandistas iban a ser tan tontos como para repetir la operación en tan breve espacio de tiempo?

Mary parecía abrumada. Dunn no quiso hablar sino hasta unos minutos más tarde, cuando estuvieron instalados frente por frente en la mesa de un cafetín portuario que no cerraba en toda la noche.

Un soñoliento camarero les trajo café. Mary tomó el suyo

rápídamamente, mientras que Dunn lo hacía con más tranquilidad, observándola mientras bebía la infusión.

—Así que aquella noche usted limó el cable. Al día siguiente, se rompió y, al desventrarse el cajón, la mercancía quedó a la vista. ¿Era eso lo que usted pretendía?

Mary asintió en silencio.

Dunn meneó la cabeza.

—Chiquilla, ¿no se dio cuenta de que podía haber provocado una desgracia?

—Ningún descargador se coloca debajo de una mercancía cuando ésta es izada a bordo por la grúa —contestó ella vivamente.

—Es cierto, pero, aún así, a veces un descuido... Bueno, en resumen, usted lo que quería es que se supiera que el cajón contenía mineral de uranio en lugar de maquinaria agrícola.

—Sí —contestó Mary con voz apenas audible.

—¿Por qué? ¿A quién detesta usted tanto?

—No me haga preguntas, se lo ruego.

—Tengo que hacérselas, es mi oficio, Mary.

Los labios de la muchacha temblaron.

—No puedo hablar... —dijo, sumamente afligida.

—Hyslip, ¿tiene algo que ver con el contrabando de uranio?

—No lo sé.

—Entonces, es Mónica Stacey.

Mary calló de nuevo. Dunn volvió la cara.

—Parece que la detesta y, sin embargo, la protege con su silencio. ¿Es comprensible su actitud?

—Si conociera la verdad, tal vez...

—Hable francamente y conoceré la verdad y trataré de comprenderla. ¿Por qué protege a Mónica Stacey?

—¡No la protejo! ¡Simplemente, trato de que deje este tráfico peligroso!

Dunn se acarició la mandíbula.

—Eso me extraña mucho. Parece como si la quisiera...

De repente, frunció el ceño. Sólo había una razón para que Mary protegiese a Mónica Stacey.

—Ella es viuda —dijo en tono intrascendente—. Naturalmente, usa el apellido de Stacey, que se presupone era el de su difunto esposo. ¿Por casualidad es Peters su apellido de soltera?

Prodújose una larga pausa de silencio. Al fin, Mary elevó sus ojos llenos de lágrimas hacia el rostro del federal.

—Yo soy la hija de la segunda mujer de mi padre —explicó—. Nací ocho años después que ella.

—Comprendo —murmuró Dunn.

—A pesar de todo, la quiero mucho. Cuando nos hicimos mayores, nos separamos, en cierto modo. Ella, es verdad, me ayudó económicamente cuando monté la floristería...

—¿Cómo se enteró de lo del contrabando de uranio?

—Stacey fue el que lo inició. Una vez, les sorprendí una conversación..., pero creí que, después de su muerte, Mónica habría abandonado ideas tan disparatadas.

—Parece que no, en efecto —convino él—. ¿Dónde está la mina?

—No lo sé. Lo único que puedo decirle es que, en algún lugar de la línea, efectúan el cambio.

—¿El cambio?

—Sí. Cuando van a hacer un envío de mineral de uranio, encargan una expedición de maquinaria agrícola. El tren es desviado y sustituido por otro análogo, cargado con cajones idénticos, que ya está esperando. El retraso es mínimo y el maquinista lo compensa aumentando la velocidad del convoy.

—Pero la locomotora...

—Los números de serie son iguales. Además, tenga en cuenta que es una línea secundaria.

—Sí, Voy entendiendo.

Dunn también entendía por qué había muerto el maquinista retirado. Seguramente, era el que debía maniobrar la locomotora que quedaba en el apartadero secreto. Cayn, se dijo, debió de exigir una mayor participación económica en el negocio, se la negaron y...

—De modo que no sabe dónde está la mina —dijo.

—No.

Dunn estudió atentamente el rostro de la muchacha. Al fin, decidió que ella, era sincera en su última respuesta.

—Se han producido muertes —dijo—. ¿Cree que Mónica tiene algo que ver con ellas?

Mary apretó los labios.

—No, no, lo creo. Estoy segura de ello; Mónica no derramaría jamás una gota de sangre —aseguró rotundamente.

A Dunn le hubiera gustado compartir el optimismo de Mary al respecto. Pero aunque supieran que Mónica tenía relación con los crímenes, no podrían hacerle nada hasta haber hallado pruebas concluyentes e irrefutables.

Se acordó de la pitillera con las iniciales M. P.. Debió haber pensado en el apellido de soltera de Mónica antes de obtener conclusiones precipitadas.

—La acompañaré a su casa —decidió de pronto.

—¿No me detiene? —preguntó ella, atónita.

—No. ¿Por qué? Usted no ha cometido ningún delito, que yo sepa. En todo caso, se ha esforzado por evitarlo. Vamos —insistió.

Ella se puso en pie.

—¿Y si aviso a mi hermana?

—Correré ese riesgo —respondió él simplemente.

CAPÍTULO XI

Apenas dejó a Mary en su apartamento, corrió a situarse en las cercanías de la casa de Mónica. Tuvo la fortuna de encontrar un taxi, que redujo notablemente el tiempo de traslación y, una vez en su destino, buscó el quicio de un portal y se guareció allí hasta que se hizo de día.

Tenía la seguridad de que Mónica Stacey no había tenido tiempo de salir de su casa, aunque Mary la hubiese avisado, cosa de la cual dudaba. En todo caso, el aviso la habría sorprendido en la cama y hubiese tardado algún tiempo en arreglarse, por muy someramente que lo hubiera hecho.

Poco después de amanecer, se abrió un bar a corta distancia. Entró, pidió que le sirvieran una taza de café y se la tomó sin perder de vista la casa de Mónica.

Una vez cadente el estómago, fue al teléfono. Su jefe estaba todavía en la cama.

—Venga en el acto —le dijo—. Y Logan también.

Garris no hizo preguntas; sabía cuándo un subordinado hablaba con urgencia.

Veinte minutos después, los dos hombres entraban en el bar. Dunn encomendó a Logan que vigilara la casa de Mónica y luego él se sentó en una mesa aparte con el inspector, al cual contó todo cuanto le había sucedido con Mary Peters.

—¡Una buena tarea! —exclamó Garris, con los ojos brillantes por el entusiasmo—. Así que fue la florista quien nos avisó.

—En efecto. Ella quiere que su hermana deje el... negocio, pero es demasiado ingenua, a mi parecer. Mónica Stacey es la culpable y la que ordenó o cometió, en parte, todos los asesinatos que se han producido.

—Explíquese, muchacho —pidió Garris.

—Uno —dijo Dunn—: Mock Stevens, nuestro primer confidente. ¿Le vigilaban? ¿Desconfiaban de él? Lo mismo da. Se imaginaron que iba a darnos el «chivatazo» y le cerraron la boca para siempre.

»Dos: Robeson, el gerente. Estaba enterado del asunto, pero debía de ser hombre débil, vulnerable a un interrogatorio un poco... apretado. Cedería, hubiera cedido y ellos lo sabían. Consecuencia, ordenaron a Dallis que lo eliminase.

»Tres: Phil Cayn, el maquinista de ferrocarril retirado. Debió de pedir mayor tajada y amenazó con dar el “soplo” si no accedían a sus propósitos. Naturalmente, fue eliminado por defenestración. No era tan pesado que la propia Mónica, disfrazada, no pudiera lanzarlo a la calle.

—Todo eso me parece lógico y concuerda con los datos que tenemos —admitió Garris—. Pero ¿qué me dice del número cuatro, Dolly Kay? Al pistolero que mató a Robeson no le conceptúo como el número cinco; él no puede considerarse como una víctima directa de la organización.

—Dolly Kay conocía el escondite de Hyslip.

—Pero eso no tiene sentido. Si querían matarla, ¿por qué no lo hicieron en el campo? Los demás asesinatos se explican, mejor o peor; el de Dolly, por ahora, no tiene ninguna explicación.

—La tiene —afirmó Dunn—. Mónica se dio cuenta de que yo me había quedado con los fósforos, en cuyo sobre estaba escrita la dirección de Dolly.

—¿Y quién había escrito esa dirección?

—Pues...

Dunn se quedó cortado. Garris dijo:

—Por ahora, el crimen que queda un poco nebuloso es el de Dolly Kay.

—Mónica pudo suponer que yo iría luego a casa de Dolly.

—Pero debía de saber que Dolly estaba con los secuestradores, haciendo compañía a Hyslip. Era demasiada coincidencia, para ella, ir a casa de Dolly y encontrársela con usted.

El joven se frotó la mandíbula.

—Para mí, no hubo otros motivos de ese asesinato. Y ahora, jefe, en cuanto tenga tiempo, busque en la compañía ferroviaria un buen mapa y a ver si encuentra el apartadero secreto.

—¿Por qué lo dice?

—Tengo la sensación de que es allí donde se encuentra Hyslip. Recuerde, había en los zapatos de Dolly tierra de análoga clase a la que salió de aquel cajón que se desventró en el muelle.

Garris asintió.

—Es muy probable que tenga razón, Blake. Bien, vaya a acostarse, Logan y yo nos quedamos aquí. Si ocurre algo, ya le llamaremos.

Dunn se puso en pie y bostezó.

—Me caigo de sueño —dijo—. Una noche en vela es algo que no recomiendo a nadie.

—Todavía le quedan muchas más, como siga en el FBI —le respondió el inspector con sorna.

A la una de la tarde, Blake Dunn abrió un ojo y miró hacia la ventana.

Sentíase descansado. Había dormido ininterrumpidamente desde las ocho de la mañana. Se preguntó qué resultados habría obtenido el inspector Garris.

Fue a la ducha. Estaba secándose cuando sonó el teléfono.

Envuelto en una toalla, con los pies descalzos, salió del baño y cruzó el dormitorio. Sentóse en el borde del lecho y tomó el aparato.

—Dunn —dijo.

—Hola, Blake —le saludó el inspector—. ¿Ha descansado bien?

—Perfectamente; con toda franqueza, lo estaba necesitando.

—Me alegro. Tengo noticias para usted. Logan y yo hemos apretado de firme esta mañana.

—Bien, adelante. Le escucho.

—Primero, M. P., ha hecho una vida enteramente normal.

—Lo cual quiere decir que su hermana no le ha dicho nada.

—Así opino yo —convino Garris—. Segundo, el San Simón Herald no trae al anuncio relativo al secuestro de Hyslip.

—¡Vaya! —resopló Dunn—. Sí que le cuesta al Banco preparar el dinero. No es una labor sencilla, pero...

—Es que en el Banco no han recibido ninguna orden en tal sentido, muchacho.

Dunn trató de digerir la noticia.

—¿Quiere decirme que Edith Hyslip no ha dado un solo paso

para reunir el dinero del rescate? —habló por fin, cuando se hubo repuesto de la sorpresa recibida.

—Es lo que se deduce de nuestras investigaciones, ¿no le parece?

—Sí que es extraño —murmuró Dunn—. ¿Le parece que vaya a hablar con ella?

—No; tenemos algo más urgente que hacer —dijo el inspector—. Vamos a ver si encontramos el apartadero secreto... en cuyas cercanías, lógicamente, debe de hallarse la mina de uranio.

—Sí, es cierto. ¿Qué le han dicho en la compañía ferroviaria?

—Una cosa bastante rara —respondió Dunn—. Cada vez que la Exportadora Hyslip hacía un pedido, de maquinaria agrícola a Chicago, por lo menos en los últimos años, la remesa era enviada a la tarifa más baja.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Sencillamente, que sus treinta vagones o los que fuesen no viajaban en trenes de carga rápidos, sino que los apartaban aquí o allá, para dar paso a otros vagones de tarifa preferente.

—Voy comprendiendo.

—La última etapa era Santa Ana, donde se formaba un convoy especial sólo para la Exportadora Hyslip. Recuerde, esta línea es secundaria y el material de tracción, aun en perfecto estado, no ha sido modernizado. Todavía siguen usando locomotoras de vapor, en lugar de las «Diésel».

—Voy entendiendo. De modo que el apartadero secreto está en algún lugar situado entre Santa Ana y San Simón.

—Sí. Es un ramal de poco tránsito, aunque hay un par de estaciones intermedias, de poca importancia. El convoy ha sido descargado y dentro de media hora emprenderá viaje de regreso en vacío hacia Santa Ana.

—¿Cree que debo ir en él? —preguntó Dunn.

—No me cabe la menor duda. Nosotros le seguiremos por carretera. Reúnase conmigo en los muelles; le entregaré un transmisor portátil para que podamos comunicarnos.

—Entendido. Dentro de media hora me tendrá en los muelles.

Dunn fue puntual. El inspector le entregó el transmisor, que el joven guardó en uno de los bolsillos de su impermeable. Era un aparato diminuto, pero con alcance superior a los cien kilómetros.

—El tren partirá dentro de pocos minutos —dijo Garris—. Arrégleselas como pueda para subir a él.

—Bien, señor.

La máquina resoplaba impaciente. Dunn se movió hábilmente por entre los cajones de maquinaria y se acercó al furgón de cola.

Estaba vacío. Aprovechando un momento en que creyó no ser visto, se coló en su interior, escondiéndose en un compartimento que pensaba no sería utilizado tan tempranamente.

Pasaron unos minutos. De pronto, oyó un zumbido en el bolsillo de su impermeable.

Sacó el transmisor y extendió la antena. Casi en el acto sonó la voz del inspector.

—¿Dunn?

—Sí, jefe.

—Habla Garris. Mónica Stacey está hablando con los maquinistas. No puedo oír lo que les dice.

—Comprendo.

—Esté al tanto. Nosotros vamos a partir apenas arranque la locomotora.

—Bien, señor.

Dunn replegó la antena y guardó el transmisor. Apenas lo había hecho, oyó pisadas en el interior del vagón.

Pensó que se trataría del conductor y quiso verle la cara. Entreabrió ligeramente la puerta del compartimento y se quedó de piedra.

¡Era Mary Peters!

Antes de que pudiera recuperarse de su sorpresa, sonó el silbato de la locomotora. El convoy arrancó casi de inmediato.

Cogida por sorpresa, Mary estuvo a punto de caer, pero se agarró a un saliente y mantuvo el equilibrio.

Empezaron a oírse los primeros golpes de las ruedas contra los empalmes de los carriles.

En los primeros momentos, el tren rodó a marcha moderada. Luego, gradualmente, fue adquiriendo mayor velocidad.

—Debe dar gusto remolcar un tren en vacío —se dijo Dunn.

Mary había buscado una silla y estaba sentada, con actitud pensativa. A Dunn se le hizo extraño que no hubiese ningún ferroviario en el furgón de cola.

Pasaron unos minutos. Dunn miró a través de una ventana y se dio cuenta de que el tren rodaba ya por campo abierto.

La velocidad del convoy alcanzaba los sesenta kilómetros por hora. El ruido era infernal: traqueteo de las ruedas, tintineo de los topes y gemido de alguna ballesta falta de grasa. Los vagones oscilaban con violencia.

Atravesaron un puente. El sonido varió, haciéndose más profundo, durante unos segundos. Luego, el convoy se metió en un túnel, por fortuna no muy largo.

De repente, una violenta oscilación abrió la puerta del compartimento en donde estaba encerrado Dunn. Mary fijó los ojos en aquel lugar por instinto.

Un grito se escapó de labios de la muchacha. Dunn se puso en pie.

—Mary —dijo.

El vagón osciló, lanzándolo a un lado. Recobró el equilibrio y salió fuera de su encierro.

—¿Qué hace aquí? —preguntó ella.

—¿No cree que a mí también me interesa hacerle una pregunta similar? ¿Acaso va a desarticular la red de contrabandistas de mineral de uranio?

Mary estaba agarrada a la mesa. Fue a decir algo, pero se calló de repente.

—¿Acaso va Mónica a la mina por otro lado? —sugirió él.

Las mejillas de Mary enrojecieron. Dunn supo que había acertado.

Puso sus manos sobre los hombros de la muchacha.

—Lo siento —dijo—. Usted es una buena chica y no tiene culpa de lo que hace ella.

—Por favor —dijo Mary con voz afligida.

—Siéntese —indicó él.

Mary obedeció. Dunn sacó el transmisor y desplegó la antena.

Hizo la señal de llamada. Pronto oyó la voz del inspector.

—Aquí Garris. Adelante, Blake.

—¿Dónde se encuentran ustedes? —preguntó Dunn.

—Aproximadamente, a unos tres kilómetros de la vía férrea, en paralelo, viendo a veces el convoy con ayuda de unos prismáticos.

—Bien —dijo Dunn—, vigilen atentamente. M. P., se dirige a la

mina.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Garris, tremendamente excitado.

—Se lo explicaré luego Continúen, eso es todo por ahora.

Cortó la comunicación y guardó el transmisor. Sacó tabaco y fue a ofrecer un cigarrillo a la muchacha, pero se contuvo, sabiendo que ella no fumaba.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, Dunn observó que el convoy aminoraba la marcha.

Sacó de nuevo el transmisor y corrió hacia la puerta que daba a la plataforma anterior.

—El tren reduce la velocidad —informó—. Quizá estamos llegando ya al apartadero secreto.

Desde donde estaba podía ver perfectamente el ténder y la casilla de la locomotora. En aquel lugar, la vía era totalmente recta.

La marcha se redujo hasta que el tren quedó casi parado. Entonces, Dunn vio algo que le dejó estupefacto.

—¡Eh, inspector! ¡Uno de los maquinistas ha saltado a tierra!

La locomotora dio un brusco tirón El tren aumentó su velocidad.

Otro hombre abandonó la locomotora.

—¡Ahora se va el maquinista! ¡Nos han dejado solos! —gritó.

—¡Haga algo por parar el convoy! —contestó el inspector—. Dentro de poco, llegará una pendiente con bastantes curvas. Si no, salte antes de que sea demasiado tarde...

—Intentaré detener el tren —contestó Dunn resueltamente.

La marcha se hacía más rápida a cada segundo que transcurría. Era indudable que el maquinista, siguiendo instrucciones de Mónica, había abierto el regulador al máximo.

—Me vio a mí, pero no se dio cuenta de que Mary había entrado luego en el furgón —masculló, mientras forcejeaba para abrir la portezuela.

—¿Por qué han abandonado la máquina? —preguntó Mary, que había oído las palabras del joven.

—Tendrá alguna avería irreparable —contestó él, mintiéndola piadosamente.

Pero Mary adivinó la verdad.

—¡Eso no es cierto! —exclamó—. ¡Ella quiere matarle!

Dunn tiró del pestillo.

—¡Maldición! —juró—. Está encallado.

¿Lo habían hecho a propósito?

El pestillo de la puerta posterior estaba asimismo atascado y lo mismo sucedía con los otros dos de las puertas laterales.

Dunn miró a la muchacha durante un segundo. Mary adivinó en su expresión la crítica situación en que se hallaban.

—¡Nos han encerrado! —gimió.

En aquel momento, las ruedas chirriaron al tomar el tren la primera curva. El furgón osciló alarmanamente, amenazando con salirse de los carriles.

CAPÍTULO XII

Dunn halló bien pronto la solución.

Corrió hacia la puerta anterior, sacó el revólver y disparó tres veces seguidas contra el pestillo. La voz de Garris sonó alarmada a través del altoparlante del transmisor de radio.

—¡Blake! ¡Muchacho! ¿Qué está haciendo? ¡Le estamos observando y el tren corre cada vez más rápidamente! ¡Pare la locomotora o tírese fuera!

Dunn hizo un esfuerzo y abrió la portezuela.

—Contéstele usted, Mary —dijo.

Un chorro de viento le dio en pleno rostro. Dunn oyó vagamente las palabras que decía Mary. Se imaginó el respingo de sorpresa que pegaría el inspector al oír a la muchacha, pero ya estaba saltando a la plataforma del vagón anterior.

El tren descendía a toda velocidad, oscilando alarmanamente. Resultaba difícilísimo mantener el equilibrio. De no haberse tratado de plataformas vacías, hubiera sido proyectado a la vía en más de una ocasión.

Dos o tres veces rodó por el suelo de los vagones.

Con mayor lentitud de la que hubiera deseado, alcanzó por fin las proximidades de la locomotora.

De pronto, oyó un grito a sus espaldas.

Se volvió. Mary acababa de caer de espaldas y perneaba aparatosamente, pugnando por incorporarse. Hubiera resultado cómico, de no hallarse a los bordes de la muerte.

Alcanzó finalmente el primer vagón. Tomó impulso y saltó al ténder, agarrándose con ambas manos. Entonces, sonó la voz de la muchacha tras él:

—¡Ayúdeme, Blake!

Dunn se volvió. En pie, en el límite justo de la plataforma, Mary estiraba las manos hacia él.

Dunn se agarró a una de las asas que servían para levantar la tapa del depósito de agua. Estiró el otro brazo y, en el mismo momento, Mary saltó hacia arriba.

Las faldas de la muchacha revolotearon en el aire. De pronto perdió pie.

Dunn la sujetó con todas sus fuerzas. Por debajo de los pies de Mary, las traviesas se deslizaban a ochenta kilómetros por hora.

La locomotora entró en una curva. Mary se ladeó por efectos de la fuerza centrífuga. Dunn notó el repentino aumento de peso.

—Haga un esfuerzo o no podré continuar mucho más —gritó.

Los pies de Mary encontraron al fin un punto de apoyo. Dunn tiró con fuerza y consiguió izar a la muchacha hasta lo alto del ténder.

—Gracias —dijo ella, jadeante, sin respiración, tendida de bruces sobre el depósito de agua.

—No me las de —gruñó él—. Ha sido la mayor imprudencia que ha cometido en su vida.

Mary alzó los ojos y le miró.

—Quería estar a su lado —respondió con sencillez.

Dunn se quedó parado un instante. Movi6 la cabeza.

Luego se puso en pie y, manteniendo el equilibrio con dificultad, atravesó el ténder. Por fin pudo saltar a la casilla de la locomotora.

En aquel instante, el convoy acometía una pendiente en línea recta de unos dos kilómetros. Al final, había una curva de gran radio y luego un pequeño viaducto, visible fácilmente desde aquel punto.

El viaducto saltó por los aires.

Dunn vio la humareda, pero el ruido le impidió escuchar el fragor del estallido. Casi inmediatamente, dedicó su atención a la locomotora.

Cerró el regulador. El flujo de vapor a los pistones cesó de inmediato.

Pero el tren iba a más de noventa por hora. Dunn se dio cuenta de que no podría detenerlo antes de alcanzar el viaducto destruido.

—He oído una explosión —gritó ella a su oído.

Dunn estaba dando vueltas a la rueda del freno.

—Han volado un puente —contestó.

—¿Mónica?

—¿Cómo puedo asegurarlo?

Las ruedas chillaban al agarrarse a los rieles y despedían furiosas chispas, pero la velocidad adquirida era demasiada y la inercia seguía ejerciendo su acción sobre el convoy.

A pesar de todo, los efectos del freno empezaron a notarse. La curva se aproximó con más lentitud de la esperada.

—Agárrese fuerte —gritó él.

Las ruedas chirriaron contra los rieles. Dunn apretó más el freno.

El viaducto estaba a menos de mil metros. Era imposible detener el tren a tiempo.

—Prepárese —gritó al oído de Mary—. Vamos a tener que saltar.

Ella asintió en silencio. Estaba pálida, pero parecía menos asustada de lo que hubiera sido de esperar en una ocasión semejante.

El tren se aproximó al viaducto, cuyos restos yacían en el fondo de un barranco seco. Dunn esperó unos, segundos.

Vio que se acercaba un grupo de arbustos. Las ramas amortiguarían el golpe.

—¡Prepárese! —gritó.

Mary se situó en la salida. Dunn estaba a su lado.

—¡Ahora! —gritó.

Saltaron casi al mismo tiempo, cogidos de la mano durante una fracción de segundo. Mary encogió el cuerpo y se cubrió la cara con las manos.

Dunn atravesó los arbustos y pasó al otro lado. Rodó unos cuantos metros, recibiendo varios golpes y, al fin, se quedó quieto.

Inspiró con fuerza. Luego se sentó en el suelo y gritó:

—¡Mary!

—¡Aquí! —contestó la chica.

En aquel instante se oyó un aterrador estruendo.

Dunn se puso en pie. El convoy se precipitaba en aquel momento al barranco.

Uno tras otro, los vagones fueron amontonándose sobre la locomotora. De repente, se oyó un ensordecedor estallido.

La caldera había explotado. Una nube de fragmentos de hierro y astillas voló a lo alto, en medio de una espesísima columna de

vapor. Empezaron a verse las primeras llamas.

El convoy ardería por completo, se dijo Dunn. Por fortuna, ellos habían conseguido salvar sus vidas.

Se acercó cojeando a la muchacha. La rodilla derecha le dolía un tanto.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Molida, pero bien —respondió ella, con las manos en los costados.

Dunn la miró de arriba abajo. Mary tenía el traje poco menos que hecho trizas y el pelo completamente revuelto. No obstante, le pareció más atractiva que nunca.

—Celebro su buen ánimo —dijo, tomándola de la mano—. Sigamos.

—¿A pie?

—No nos queda otro remedio. San Simón está muy lejos.

—Y usted opina que el apartadero secreto debe de hallarse mucho más próximo.

—No puede estar demasiado alejado. Hemos recorrido muchos kilómetros en el tren, antes de saltar.

Las facciones de Mary se contrajeron.

—Lo ha hecho mi hermana —dijo.

Dunn no quiso contestar. Íntimamente, se hallaba convencido de que así era.

Descendieron al barranco, por otra parte no muy profundo y relativamente accesible. Las llamas que consumían los vagones destrozados se alzaban a gran altura.

Una espesa columna de humo negro subía a cientos de metros. Dunn y Mary continuaron su camino junto a la vía.

Tres kilómetros más adelante, encontraron un pequeño edificio con todo el aspecto de una estación de ferrocarril abandonada. Dunn sacó el revólver y se acercó cautelosamente al edificio.

Estaba desierto y las puertas y ventanas herméticamente cerradas. El rótulo con el nombre del apeadero se había desprendido mucho tiempo antes.

—No hay nadie —dijo al cabo—. Continuemos.

A los pocos metros, encontraron una desviación.

Dunn se detuvo y contempló la bifurcación de los rieles. Unos estaban muy brillantes, lo cual indicaba el uso diario a que eran

sometidos. Los otros aparecían oxidados, aunque con señales del paso de un tren no hacía mucho.

Los rieles oxidados se desviaban casi hacia el Este. La aguja estaba situada en posición correcta, a fin de permitir la libre circulación de los convoyes procedentes de Santa Ana o viceversa.

Dunn siguió con la vista la dirección de la vía secundaria. A ciento cincuenta metros de distancia, se adentraba en un pequeño desfiladero, situado entre dos colinas bajas, de suaves laderas. En la parte inferior, la trinchera tenía el ancho justo para el paso de los convoyes.

Pero ningún tren podía pasar por allí. La maleza lo había invadido todo.

Dunn se rascó la cabeza con aire de perplejidad.

—¿Habrà otro desvío? —murmuró a media voz.

—¿Por qué no exploramos éste? —apuntó Mary.

—Bien, no creo que cueste mucho —accedió él.

Llegaron al punto donde la vía estaba obstruida. Entonces Dunn se dio cuenta de que era sólo un amontonamiento de arbustos secos, colocados allí a propósito.

—Cualquiera que pase en uno de los trenes por la otra vía —dijo —, aparte de que tendrá el desvío bajo su atención sólo unos potos segundos, verá un montón de matorrales seco, en medio de la vía..., cosa muy frecuente cuando ramal de ferrocarril no se usa.

Apartó unos cuantos matorrales y el paso quedó libre.

—Sigamos.

Mary se le unió en el acto, La vía tenía un trazado curvo, muy amplió, progresivamente hacia el Este. De pronto, cuando llevaban recorridos cosa de mil quinientos metros, salieron a terreno despejado.

—Bien —dijo Dunn, respirando satisfecho—. Creo que ya hemos dado con la mira, y el apartadero secreto.

CAPÍTULO XIII

Durante unos momentos, Dunn y Mary, ambos a cubierto de unos arbustos, esta vez enteramente naturales, permanecieron allí, contemplando el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Vieron varias vías y un muelle de carga y descarga, con una pequeña pero potente grúa, capaz de izar grandes pesos. Había una locomotora, con los fuegos apagados, y unos treinta o cuarenta vagones idénticos a los que habían saltado por el viaducto destruido.

La boca de una mina se abría a poca distancia. Varias vías, de tamaño adecuado, estaban ocupadas por numerosas vagonetas para mineral. Sobre el muelle vieron gran cantidad de cajones, idénticos a los que contenían maquinaria agrícola.

Había también un par de edificios de madera. El lugar, sin embargo, aparecía desierto.

—Ahora creo que comprendo el truco —murmuró él.

—Explíquese —rogó Mary.

—Vea el otro ramal —indicó él con la mano—. Sale por el extremo opuesto, en dirección Norte, y, seguramente, se une con la vía principal a unos kilómetros de aquí, en un apeadero idéntico al que hemos encontrado.

»¿Se ha fijado en los cajones y en la grúa? Bien —continuó—, imagínese que la Exportadora Hyslip recibe un pedido de maquinaria agrícola. En Santa Ana se separa el convoy y emprende el viaje hacia San Simón. Cuando llegan al apeadero del Norte, el conductor hace que el maquinista detenga el tren, salta al suelo, manipula en la aguja y el convoy se desvía hacia la mina.

»Aquí ya tienen preparado otro convoy con las mismas unidades, el mismo género de carga, externamente al menos, una locomotora

con idénticas cifras de serie... y cuatrocientas o quinientas toneladas de mineral de uranio, debidamente embaladas en unos supuestos cajones de maquinaria agrícola.

»En la mina están avisados. La locomotora tiene encendidos los fuegos. Llega el convoy con la maquinaria agrícola y arranca el que lleva el mineral de uranio. Sale por el desvío que hemos seguido nosotros, empalma con la vía principal y, recuperando en ruta el posible retraso, llega a los muelles de San Simón, donde la carga es embarcada sin dificultad alguna. Era, mejor dicho —concluyó Dunn su explicación.

—Pero para todo eso se necesita mucha gente —dijo Mary—. ¿Dónde están? Se precisan mineros, un maquinillero para la grúa, un maquinista para las maniobras de la locomotora... Y no hay nadie, creo yo.

Dunn se mordió los labios.

—Apostaría a que el maquinillero de la grúa y el maquinista de la locomotora eran una misma persona —contestó—. No es tan difícil manejar una grúa y, por otra parte, es probable que dentro de la mina haya una excavadora mecánica, que permita un considerable ahorro de personal. En realidad, si bien lo miramos, con seis u ocho personas, doce como máximo, pueden arreglarse perfectamente.

—¿Y por qué no hay nadie ahora? —preguntó ella.

Dunn miró en torno suyo. La mina y las instalaciones estaban en el fondo de una especie de hoya de gran tamaño y pendientes muy suaves. Una carretera serpenteaba por el Oeste, hasta llegar al nivel de las vías.

—Seguramente, después de apresado el primer cargamento de uranio, su... el jefe de la banda dio orden de que se paralizaran los trabajos por el momento. Los auxiliares se habrán dispersado, en espera de que vengan mejores tiempos... y, de todas formas, esto no parece tan desierto como cree. ¡Mire!

Una ligera columna de humo acababa de aparecer en uno de los barracones, saliendo a través de un tubo de estufa. Dunn sacó su revólver.

—Espérese —ordenó.

Dio una gran vuelta y se acercó a la cabaña por retaguardia. Miró a través de una de las ventanas.

La cocina estaba en la parte anterior. Dunn dio la vuelta, buscando la puerta.

Cuando llegaba a la esquina, oyó pasos a su espalda.

—Le dije que esperase allí —gruñó malhumoradamente.

—Quiero continuar a su lado hasta el fin —respondió Mary con acento obstinado.

Dunn apretó los labios. Dio unos cuantos pasos más. De pronto, tras él, Mary tropezó, a punto de caer.

Su cuerpo golpeó contra la pared de madera del barracón e hizo un poco de ruido. Casi en el acto se abrió la puerta.

Un hombre salió al exterior. Dijo:

—¡Dolly! ¡Ya era hora de que volvieras, demonios!

Dunn se quedó atónito. A su lado, Mary lanzó un pequeño grito de asombro.

El individuo se volvió lentamente. En su cara se pintaba la estupefacción más absoluta.

Dunn lo conocía de vista. Había contemplada más de una vez la fotografía que la señora Hyslip les había entregado al iniciarse las investigaciones.

—Bien —dijo—, ¿qué explicación nos da usted, señor Hyslip?

El hombre tragó saliva, atemorizado por el revólver que empuñaba Dunn con mano resuelta.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Blake Dunn, agente federal, comisionado para resolver el caso de su secuestro —respondió el joven—. Aunque me parece que no ha habido tal secuestro. ¿Me equivoco, señor Hyslip?

Hubo un momento de silencio. De pronto, los hombros de Hyslip se hundieron.

—Tiene razón —contestó—. Todo ha sido una farsa.

—Será mejor que entremos —indicó Dunn.

Hyslip obedeció. Dunn entró por precaución antes que Mary, la cual cerró la puerta de inmediato.

El joven paseó la vista en torno suyo. El barracón estaba sobriamente amueblado. En un rincón, se veía la cocina, sobre la cual empezaba a humear el agua de la cafetera.

—Así que todo fue una farsa —sonrió Dunn.

—Sí —admitió Hyslip—. Estoy harto de mi mujer.

—Lo sospechaba. Demasiado absorbente, ¿no?

—Vivir a su lado es un infierno. No me dejaba en paz ni de día ni de noche y, por si fuera poco, sus malditos celos. Créame, señor agente, a veces llega un momento en la vida de un hombre en que decide tirarlo todo por tierra y...

—Y Dolly resultó ser la compañera ideal.

—¿La conoce usted?

Dunn asintió. Más adelante daría a Hyslip la poco agradable noticia.

—De modo que usted mismo se secuestró, junto con Dolly.

—Sí.

—¿Y el dinero del rescate?

—No podía pagarlo la sociedad, compréndalo. Además, sacándoselo a mi esposa, obtenía una especie de..., de...

—Justicia poética, vamos.

—En efecto. —Frunció el ceño—. Creí que sería Dolly la que volvía.

—Fue a San Simón a por ropas y a ver si el periódico publicaba la nota de su esposa, ¿no es cierto?

—Sí. Ya tenía que estar aquí...

Dunn trató de desviar el tema:

—¿Fue usted el que me pegó en el jardín de su casa?

Hyslip sonrió. Era un hombre maduro, pero todavía atractivo.

—Si fue usted el que me sorprendió, he de admitir que me dio el gran susto —respondió.

—El gran susto se lo daremos ahora, cuando le acusemos de complicidad en la exportación ilegal de mineral de uranio.

Hyslip respiró.

—¿Qué dice usted, hombre de Dios? ¿Contrabando de uranio?

—Pues... —Dunn frunció el ceño. ¿Era Hyslip sincero o estaba desempeñando una comedia?

—¿Cómo vino a parar aquí? —preguntó.

—Conocía la existencia de esta mina abandonada —respondió Hyslip—. Leí las noticias sobre secuestros de personas de cierta importancia y decidí aprovechar la ocasión. Ciertamente, me sorprendió ver las instalaciones en relativo buen estado, pero no había nadie y pensé que tal vez tardarían tiempo en venir.

»Y en efecto —continuó—, una noche oímos el ruido de un tren. Dolly y yo corrimos a escondernos lejos de aquí. Estuvimos fuera

todo el día, pero no vimos nada a nuestra vuelta. Entonces pensamos que debía de tratarse de un convoy con material para poner la mina de nuevo en funcionamiento, pero, desde entonces, no ha vuelto a venir nadie. Salvo ustedes, por supuesto.

Dunn se mordió el labio inferior.

—Debió de ser el convoy que descubrimos —dijo. Meneó la cabeza—. Con usted, el FBI ha cometido un error, señor Hyslip.

—Lo siento mucho, pero si estuviera en mi pellejo...

Mary lanzó un grito repentino.

—¡Blake, viene un automóvil!

El joven se precipitó hacia la ventana. Hasta entonces, no se había percatado de la tardanza del inspector y de Logan.

El auto descendió rápidamente y se detuvo a pocos pasos del barracón. Un hombre saltó de su interior.

Era de regular estatura, fornido, y llevaba una máscara blanca sin detalles.

Dunn reconoció inmediatamente al asesino de Dolly Kay.

—¡Escóndanse, pronto! —ordenó.

Hyslip y Mary obedecieron. El hombre caminó rápidamente hacia el barracón. Al llegar junto a la puerta, sacó un revólver, la empujó y cruzó el umbral.

—Sapher, maldito seas, te voy a...

—No es su marido, señora Hyslip —dijo Dunn, situado a un lado de la puerta—. Lleva usted ropas masculinas, pero difícilmente se puede ocultar que es una mujer, al menos de día.

Ella se volvió lentamente hacia él. Todavía no había soltado el revólver.

Dunn le apuntaba con el suyo.

—El arma, por favor —pidió, alargando la mano izquierda.

De pronto, observó un estremecimiento en el cuerpo de la mujer. Velozmente, asestó un manotazo al revólver, desviándolo. El tiro salió en el mismo instante.

Casi en el acto se oyó un gemido y el mudo de un cuerpo al caer al suelo. Dunn apretó los labios.

—Si ha muerto otra persona...

Se acercó a la mujer y quiso quitarle la careta. Ella retrocedió vivamente.

—¡No me toque! —chilló.

Y, de súbito, se lanzó sobre él y quiso arañarle.

Dunn retrocedió, cubriéndose el rostro con la mano. Ella le atacó con salvajismo sin igual.

El joven se esforzó por reducirla. De pronto, ella agarró una silla y se la tiró a la cabeza.

Dunn trastabilló y cayó de espaldas. Ella aprovechó la ocasión y se lanzó fuera.

Sonaron unos gritos.

—¡Alto! ¡Párese!

Ella corrió hacia el coche. Detonaron unos revólveres.

Desde la puerta, Dunn vio a la mujer caer al pie del vehículo. Una vez intentó levantarse, pero le fallaron las fuerzas de repente y quedó tendida de bruces.

Dunn corrió hacia ella. Garris y Logan llegaron al mismo tiempo.

—El muy granuja —dijo Garris—. Nos tiroteó, reventó una cámara del coche...

—No es un hombre, sino una mujer —dijo Dunn. Le volvió de cara y le quitó el sombrero que tenía fuertemente encasquetado. Luego le arrancó la máscara.

Una exclamación de asombro brotó de sus labios.

—¡Mónica Stacey!

Entonces se dio cuenta de que las ropas tenían un acolchado interior, a fin de simular una corpulencia inexistente.

Mónica abrió los ojos en aquel momento.

—Ese Hyslip... —murmuró—. A sus años... sentirse un donjuán... El estropeó todo el negocio...

—Y por eso quería matarle, lo mismo que mató a Dolly Kay.

Una leve sonrisa asomó a los labios de Mónica.

—Era un negocio magnífico. El lo... estropeó todo...

—Y Mary. Su hermana quería arrancarla de sus andanzas extralegales.

—Ésa sí que es... una buena chica. Dígale... Bueno, usted sabrá qué decirle...

La voz de Mónica se convirtió de repente en un susurro inaudible. Su cuerpo se estremeció fuertemente y luego se relajó poco a poco, hasta quedar completamente inmóvil.

Hyslip salió en aquel momento. Estaba muy asustado.

—La chica... Está herida —dijo.

Dunn se precipitó de un salto en el interior del barracón. Mary yacía en la habitación contigua a la cocina.

La bala había atravesado el delgado tabique de madera. Pero Dunn no tardó en comprobar, con gran alivio, que sólo se trataba de un rasguño muy superficial en la sien.

—Mejor —murmuró—, así se ahorrará un espectáculo nada agradable.

La cara de Mary aparecía tan blanca como las almohadas en las cuales se reclinaba.

—Estamos terminando de hacer ya las últimas detenciones —dijo Dunn, sentado a su lado—. La banda ha sido deshecha; en las oficinas de la Exportadora Hyslip hemos encontrado documentos sumamente reveladores.

—Sí —murmuró ella con voz afligida.

—Lamento lo ocurrido con Mónica. Fue inevitable, créame.

Mary volvió la cabeza a un lado.

—Puede que así haya sido mejor. Hubiera resultado horrible verla en un proceso... ¿Disparó usted contra ella?

—No, se lo aseguro.

Mary volvió la cara y le miró.

—Le creo, Blake —dijo.

—Gracias, Mary.

Hubo un momento de silencio. Después, Dunn volvió a hablar:

—Los únicos beneficiados han sido el matrimonio Hyslip. Ella ha comprendido que fue su comportamiento el que impulsó a su marido a obrar de una manera tan disparatada y le ha prometido enmendarse.

Mary sonrió.

—Esperemos que cumpla lo prometido —dijo.

—Sí —convino Dunn.

De nuevo callaron. Dunn pensaba en Mónica. Pensaba también en Dolly, una chica hasta cierto punto sencilla, que había tenido la mala suerte de atravesarse en el camino de una mujer sin escrúpulos. Mónica había deducido lo que sucedía, conociendo a Hyslip y sus devaneos, y había resuelto eliminar a Dolly y a su consocio. Si seguían allí mucho tiempo, acabarían por descubrirles y estropearle el negocio... lo que, en realidad, había acabado por suceder.

—El FBI se equivocó —dijo luego—. El supuesto secuestro de Hyslip no tenía relación alguna con la banda de secuestradores que operaban más arriba. Ya han sido descubiertos por otro grupo de agentes.

—Pero ustedes han acertado al final —habló Mary.

Dunn movió la cabeza. Se puso en pie.

—Debo despedirme —dijo.

—¿Se va? —preguntó Mary.

—Aquí, en San Simón, hemos terminado ya...

Ella hizo un esfuerzo por sonreír y le tendió la mano.

—Blake, vuelva pronto —rogó.

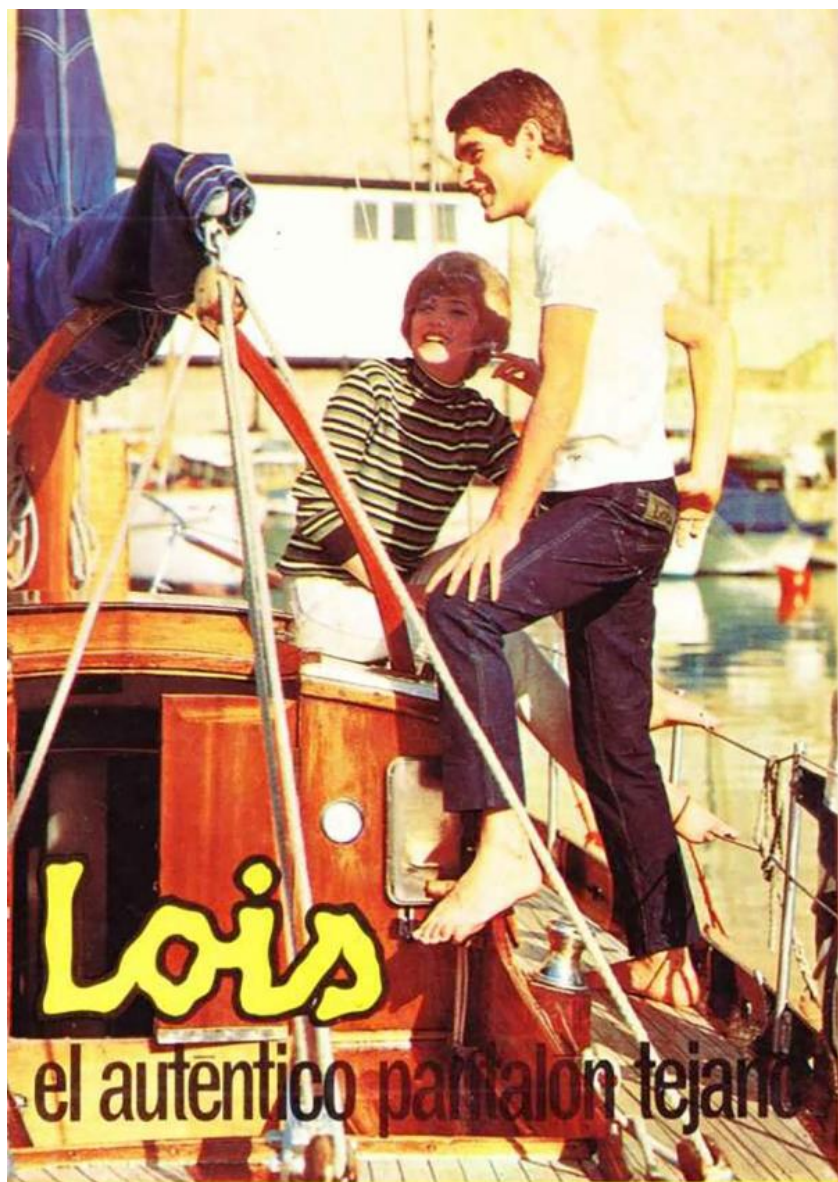
El joven sonrió ampliamente.

—Si usted me lo pide...

—Sí, lo deseo —confesó ella.

—Entonces, volveré muy pronto, Mary. Volveré a comprarle flores para usted misma.

FIN



Lois

el auténtico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.